



Joan Maluquer de Motes en Salamanca: tarea y proyección

Un maestro en la distancia

Revisando la nómina de colaboradores de este nuevo libro-homenaje al profesor Joan Maluquer de Motes me parece advertir que soy de los pocos firmantes que no fui discípulo directo del homenajeado y tal vez el único que no puede presumir de haber mantenido una estrecha relación personal con él. Esto último, bien a mi pesar porque, en nuestros contados encuentros, su sencillez, su amabilidad y su pasión por la arqueología me cautivaron, contribuyendo a crear un clima de entendimiento entre nosotros que aún habría sido mayor de haber conocido entonces, como hoy, ciertos detalles de su biografía. Además de un sabio, era una gran persona en la que se repartían a partes iguales talento y sana humanidad; “un tipo humano fabuloso” ha escrito Blázquez (1995: 196). Pero solo puedo enorgullecerme, como digo, de haber sido uno de sus incontables discípulos en la distancia, algo en lo que persevero desde que hace cuarenta años, para preparar mi tesis doctoral sobre los comienzos de la Edad de los Metales en la Submeseta Norte, me apliqué a la lectura de sus incisivos trabajos de la época de Salamanca.

A partir de entonces, cuanto escribí sobre megalitos del interior peninsular, sobre campaniforme Ciempozuelos o sobre el horizonte de las cerámicas excisas y del Boquique que con tanto acierto bosquejé,

ha tenido un anclaje perfectamente reconocible en los primeros trabajos de Maluquer, llegando al punto mi identificación con ellos de no ser capaz en ocasiones de distinguir —permítaseme el atrevimiento— hasta dónde llegaban las propuestas del maestro y dónde comenzaban las mías. Admirador ferviente de su obra, siempre me sentí en deuda con él, de ahí las dedicatorias de no pocos de mis artículos que, incluso ya fallecido, no dudaba en enviar a su viuda, doña Maria Bernet, pese a no conocerla personalmente, con la única pretensión de participarle la hondura de la huella dejada por las investigaciones de don Joan en la Meseta y el cariño y la admiración que los arqueólogos de allí seguíamos profesándole. Si como decía Newton, en claro elogio de los maestros, “somos enanos a hombros de gigantes”, yo nunca dudé de sobre qué hombros caminaba.

Su paso a mediados del siglo xx por Salamanca fue determinante para sentar los cimientos de la investigación de la prehistoria reciente en el interior peninsular. La Meseta no era el desierto demográfico que se presumía y a él correspondió el mérito de descubrirlo. En las páginas que siguen, me apresuro a destacar la febril actividad que desplegó a su llegada a Salamanca, con la creación del Seminario de Arqueología y la fundación de la revista *Zephyrus* como principales logros, pero sobre todo trataré de

ponderar los méritos y la proyección de sus aportaciones científicas en cuatro ámbitos que prácticamente constituyen el hilo conductor de uno de sus trabajos fundamentales, “Bases para el estudio de las primeras culturas metalúrgicas de la Meseta” (Maluquer de Motes 1960a). Esos cuatro ámbitos son los megalitos de la cuenca del Duero y su relación con los del oeste del Pirineo; la reivindicación, a partir del hallazgo de Villabuena del Puente, de la “civilización de Ciempozuelos”; la definición del complejo cultural, hasta entonces desconocido, de Cogotas I, y el tránsito de éste a la Edad del Hierro, escenificado en el castro abulense de Sanchorreja. Un apretado recorrido en el que intentaré dejar constancia, a la par, del original pensamiento arqueológico del profesor Maluquer y de mi devoción por su obra.

Actitud y compromiso: la creación de una sólida infraestructura arqueológica en Salamanca

El 1 de diciembre de 1949 el doctor J. Maluquer de Motes i Nicolau, uno de los últimos discípulos de Pere Bosch Gimpera en Barcelona, tomaba posesión de la recién dotada cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Salamanca, poniendo fin con ello a una década complicada, la posterior a la Guerra Civil, en la que, pese a haber defendido brillantemente su tesis doctoral sobre *Las culturas hallstáticas de Cataluña* (1945), ni a él ni a su esposa Maria Bernet les había resultado fácil abrirse paso en la vida profesional. Ambos sufrieron la humillación de tener que revalidar en 1939 sus títulos universitarios, obtenidos dos años antes en la desmantelada Universitat Autònoma de Barcelona. Y, sin simpatías en el nuevo régimen, hubieron de sobrevivir —en el caso concreto de Maluquer, es cierto, compaginándola con puestos poco o nada remunerados en el CSIC, en el Museo Arqueológico y en la Universidad de Barcelona (Gracia 2002: 34)— dedicados a la docencia en colegios privados, tal y como revela en este mismo volumen Jordi Maluquer de Motes i Bernet, uno de los hijos de don Joan y de doña Maria.

En esa situación, pese al desasosiego inevitable del desarraigo y del traslado de sus vidas a una pequeña ciudad de provincias de la Meseta, la estancia de casi diez años en Salamanca iba a representar para los Maluquer una oportunidad no desaprovechada. La adaptación debió ser rápida y menos traumática de lo esperado, en parte por las arengas del maestro Bosch tratando de convencerle de que en Salamanca estaba todo por hacer (Gracia 2003: 34). Y seguramente también por el ánimo que, recién instalados en la ciudad del Tormes, debió infundirles la visita de su otro maestro, Lluís Pericot, según cabe deducir de un comentario de Bosch a este último en carta de 18 de marzo de 1950: “M’alegro de que hagi resultat el seu viatge i de que per Salamanca es vagin animant” (Gracia *et al.* 2002: 275).

Pero sospecho que la circunstancia que por encima de todo facilitó la integración fue el encuentro en la nueva universidad y muy especialmente en su Facultad de Letras con un grupo de jóvenes intelectuales de

gran valía que pasan por ser —Maluquer con ellos, por supuesto— una de las generaciones de mayor esplendor, toda una “Edad de Plata”, de la *Universitas Salmanticensis*. Y es que, aunque construida sobre el solar de una universidad depurada, dominada por las ideologías del Nacionalcatolicismo y de la Falange, “aquella Facultad acogió en una inexplicable circunstancia política a lo más genuino del humanismo universitario” para constituir toda una “tierra prometida” (Sena 1997: 348-349). Fue a aquella luminosa facultad de los Antonio Tovar,¹ José María Ramos Loscertales, Manuel García Blanco, Rafael Laínez, Alonso Zamora, Martín S. Ruipérez o Lázaro Carreter, que estaba instalada en el piso alto del Palacio de Anaya, a la que se incorporó Maluquer a comienzos de 1950 (Esparza 2009), muy pocos meses después de superar en la oposición, brillantemente por lo que se sabe, a adversarios tan cualificados como Antonio Beltrán, Miquel Tarradell y Pere de Palol.²

La Arqueología adquiriría, así, carácter oficial en la universidad salmantina y Maluquer, consciente de la responsabilidad contraída, se entregó desde el comienzo a una vertiginosa actividad. Sin pausa, dando muestras de su fe en el trabajo en equipo, crea el Seminario de Arqueología “derivado del de Filología Clásica, tan fecundo en el campo de la epigrafía”; un seminario, reivindicaba enardecido, “que estimule las vocaciones arqueológicas” y que “sienta el imperativo de abordar (...) la tarea inmensa de la reconstrucción histórica de la Antigüedad” (Maluquer de Motes 1950a: 5). Obviamente, dada la situación económica de la época, se trataba de un cascarón casi vacío cuyo personal, fuera del catedrático, se redujo a dos ayudantes, Agapita Serrano³ y la propia Maria Bernet (Ramos Ruíz 2009: 144, 160, 176 y 210), hasta que en 1957 logró sentar plaza como Adjunto José María Blázquez (Blázquez Martínez 1994: 187). Sin embargo, no tardó en dotarse de un órgano de expresión propio, la revista *Zephyrus*, ni en crear el Museo de Arqueología de la Universidad de Salamanca, una sobria infraestructura abierta al público, que estaba ubicada en la Sala de Vítores del Patio de Escuelas Menores y que, junto con la biblioteca especializada, los ficheros y los laboratorios de restauración y fotografía, venía a completar la dotación del flamante Seminario de Arqueología (Maluquer de Motes 1958c).

En su deseo de institucionalizar la disciplina, tampoco tardó el profesor Maluquer en obtener el nombramiento de Comisario Provincial de Excavaciones. Lo había obtenido inicialmente, desde abril de 1941, Serafín Tella (Díaz Andreu y Ramírez 2000: 330), canónigo y responsable de un pequeño museo conservado en la catedral de Ciudad Rodrigo al que Maluquer se referirá en varios de sus trabajos. Pero,

1. Viejo conocido de Maluquer, del famoso crucero de 1935 por el Mediterráneo (Gracia y Fullola 2006).

2. Datos aportados por Jordi Maluquer de Motes en este mismo volumen. También aspiró a la plaza Julio Caro Baroja pero renunció cuando supo por Pericot, amigo de la familia, “que ellos, los de Barcelona, presentaban a la cátedra a un arqueólogo joven, muy bueno por cierto, Maluquer” (Caro Baroja 1972: 417).

3. Preparaba una tesis sobre la escultura zoomorfa prerromana de la Meseta (Serrano 1957).

tras su muerte en 1948, fue sucedido en el cargo por Antonio Tovar quien en 1951, ya nombrado Rector de Salamanca, renunciaría en favor del reciente catedrático de Arqueología (Mederos 2005: 24-25).

Un acusado sectarismo y la ineficacia en la promoción de la actividad arqueológica por parte de la Comisaría General de Excavaciones —dirigida desde su fundación en 1939 por J. Martínez Santa Olalla— provocó que en enero de 1955 J. Maluquer de Motes y otros seis catedráticos de Arqueología y de Prehistoria exigieran al ministro de Educación, Joaquín Ruiz Jiménez, su disolución. Consecuencia de ello fue la creación de un Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas con 12 delegaciones que se correspondían con los distritos universitarios, lo cual situó a Maluquer al frente de la de Salamanca (Díaz Andreu y Ramírez 2000: 340-341). Desconocemos, en rigor, el alcance del apoyo de estas dos instituciones oficiales, Comisaría y Servicio, a los trabajos de campo del joven Seminario de Arqueología salmantino, pero si nos guiamos por los agradecimientos de su titular —muy cuidadoso en estas cosas— debió reducirse a la financiación por parte de aquella de la primera campaña de excavaciones en el Cerro del Berrueco (Maluquer de Motes 1958a: 11).

Pero Maluquer no desmayó en la búsqueda de recursos, obteniéndolos al fin de la Diputación de Salamanca. Existe cierta confusión sobre la fecha en que se fundó el Servicio de Investigaciones Arqueológicas Salmantinas,⁴ e incluso hay dudas de si llegó a crearse oficialmente (Corchón 2009). Mas dos cosas parecen seguras: que en 1954 se libraron desde la diputación 25.000 pesetas para el estudio de la arqueología provincial y que dos años después, en la presentación de la *Carta Arqueológica de Salamanca*, don Jerónimo Ortiz de Urbina, presidente de la corporación, se felicitaba del acierto de “poner al frente de dicho Servicio al eminente catedrático de la Universidad Dr. D. Juan Maluquer de Motes” (Maluquer de Motes 1956: VII). En todo caso, éste, gracias a su apoyo, se halló en condiciones de proseguir la excavación del Cerro del Berrueco, de acometer la de Las Merchanas, de realizar la topografía de varios importantes castros protohistóricos de la provincia y de recuperar el cancel visigodo de Salvatierra de Tormes (Serrano 1955). Todo ello sin olvidar multitud de viajes de prospección por la provincia en los que, según Blázquez (1994: 196), apenas se hablaba de otra cosa que no fuera arqueología.

Sin duda, la pretensión era trasladar a Salamanca la estructura del modélico Servicio de Excavaciones de la Diputación Foral de Navarra, dependiente del Instituto Príncipe de Viana, a cuyo frente, desde que se fundara en 1942, había estado el director del Museo Arqueológico Nacional, Blas Taracena. Un servicio que Maluquer conocía bien pues de él recibiría, al fallecer Taracena en febrero de 1951, el encargo de rematar, ordenar y publicar sus excavaciones en el poblado protohistórico del Alto de la Cruz de Cortes



Figura 1. El profesor Maluquer durante las excavaciones del Berrueco, hacia 1955 (cortesía de la familia Maluquer).

de Navarra (Maluquer de Motes 1954: 9-12). La preparación del primer volumen sobre Cortes presentado en el IV Congreso de la UISPP celebrado en 1954 en Madrid (Maluquer de Motes 1954: 15-16), aparte de acarrearle un enorme prestigio profesional, le abrió las puertas de la propia dirección del Servicio y con ello la oportunidad no solo de seguir excavando en el Alto de la Cruz, sino también de estudiar otros yacimientos asimismo “hallstáticos” como las necrópolis también célticas de La Torraza y La Atalaya, el hábitat celtibérico de la Peña del Saco de Fitero, la cueva paleolítica de Berroberría, los dólmenes del Roncal o el taller lítico de Coscobilo (Castiella Rodríguez 1993: 122-123). Al poco de llegar a Salamanca, por tanto, las investigaciones sobre la prehistoria del occidente de la Meseta castellana y del oeste del Pirineo —siempre las tierras bendecidas por el Céfiro, ese viento del oeste cargado de lluvia y esperanza por el que se sintió cautivado desde su juventud—⁵ se convirtieron en los dos anclajes sobre los que pivotó la fructífera andadura arqueológica del profesor Maluquer en los años cincuenta del siglo xx.

4. Denominado también, según los casos, “Servicio de Excavaciones Arqueológicas de la Diputación de Salamanca” y “Servicio de Excavaciones Arqueológicas Salmantinas”.

5. Me ha conmovido saber que Maluquer, siendo todavía un muchacho de 17 o 18 años, escribió hasta cinco veces la palabra Ζέφυρος, el nombre de su futura revista, sobre el forro de una gramática griega (Jordi Maluquer de Motes, en este mismo volumen). Toda una premonición.

Zephyrus

Maluquer tuvo que llegar necesariamente a Salamanca predispuesto a fundar una revista, porque de lo contrario es imposible entender la rapidez con que alcanzó a publicarse el primer número de *Zephyrus*. Tal vez ardía en deseos de que por fin la Escuela Catalana, con Bosch en el exilio, dispusiera de un órgano de expresión propio, en cierto modo alternativo a la revista *Ampurias* que desde 1939 y al amparo del régimen emanado de la Guerra Civil editaba el Museo Arqueológico de Barcelona. Cualquiera que fuese la causa, la fundación de la revista, una publicación de carácter periódico, anticipaba una estancia prolongada de Maluquer en la ciudad del Tormes y ponía la rúbrica a un decidido compromiso con su universidad.

No nos consta que el nuevo catedrático frecuentara la tertulia del Café Castilla, en la calle Toro de Salamanca, en la que en 1950 se fraguó la fundación del Centro de Estudios Salmantinos (García Zarza 2003).⁶ Pero es posible que lo hiciera como bastantes de sus compañeros de claustro —su amigo Antonio Tovar fue, de hecho, secretario de la primera Junta—, puesto que figuró desde el principio como responsable de la Sección de Arqueología. En todo caso, desde su primer número, a la cabecera *Zephyrus* se añade un subtítulo inequívoco: “Crónica del Seminario de Arqueología y de la Sección Arqueológica del Centro de Estudios Salmantinos”, que se mantuvo hasta 1985.

La revista comenzó muy modestamente —el compromiso editorial, de cara a suscriptores e intercambios, era de un mínimo de 100 páginas anuales y el precio de venta 12 pts—, y solo fue posible gracias al empeño del fundador y al apoyo de un entorno intelectual muy próximo. El *Zephyrus* I, por ejemplo, abrió sus páginas con una nota de agradecimiento por el generoso mecenazgo del Gobernador Civil de Salamanca que —feliz coincidencia— era por entonces Joaquín Pérez Villanueva, un historiador que quince años atrás había realizado excavaciones arqueológicas, junto con Antonio Tovar, en la necrópolis vallisoletana de Piña de Esgueva (Pérez Villanueva *et al.* 1933). Sentían simpatía por la empresa, asimismo, el propio Tovar —pronto Rector— y toda una pléyade de ilustres filólogos y lingüistas de la Universidad de Salamanca, dispuestos a publicar sobre aspectos que hace medio siglo, más que hoy, se consideraban consustanciales a la arqueología: indoeuropeos, escritura y lengua ibéricas, epigrafía visigoda, origen del vascuence, fuentes escritas de la Antigüedad, toponimia... El maestro Pericot asumió con la aplicación de un principiante la labor, fundamental como timbre de actualidad, de presentar la crónica de cuantos congresos sobre la disciplina se celebraban en el mundo, tarea en la que pronto se vio secundado por Antonio Beltrán. Y nunca faltaron tampoco las contribuciones, en la sección de noticiario, de Agapita Serrano y de la propia María Bernet.

Es evidente, por otra parte, que *Zephyrus* se crió apopado por los arqueólogos supervivientes de la

Escuela Catalana. Ya me he referido a la sistemática contribución de Pericot, pero desde el número II, en el que publica un artículo sobre “Celtas e Ilirios”, la firma del maestro Bosch Gimpera será también una constante. Asimismo colaboran asiduamente desde el principio Miquel Tarradell y el etnólogo August Panyella, y progresivamente lo irán haciendo Pere de Palol y Francisco Jordá, discípulos de Pericot. Ojeando los índices de la revista, no se puede evitar la sensación de que el Seminario de Salamanca, por supuesto desde la oficialidad, guardaba ciertas distancias con la arqueología más afín al Movimiento Nacional. El acceso de Maluquer a Salamanca, como acusan las cartas cruzadas entre Bosch Gimpera y Pericot, fue muy celebrado por sus maestros, para quienes constituía un reconocimiento de la vieja Escola d'Arqueologia de Barcelona y la prueba de que su espíritu, pese al desastre de la guerra, seguía vivo. Las diferencias entre Bosch y el principal arqueólogo del régimen, Martín Almagro, eran abismales (Gracia *et al.* 2002: 242, nota 622) y tampoco existía precisamente una corriente de simpatía entre éste último y Maluquer.⁷ Es comprensible por tanto que Almagro no fuese firma habitual de *Zephyrus* —si no me equivoco, sólo publicó en el número II una notita sobre un plomo ibérico de Ampurias— pese a lo cual Maluquer, en la recensión de su obra “Ampurias. Historia de la ciudad”, no duda en reconocer, siempre elegante, que se trata “de un libro de consulta de primer orden (...) que no puede faltar en ninguna biblioteca” (Maluquer de Motes 1951b: 196).

De aquellos primeros *Zephyrus* hay que destacar también que fueron un feliz lugar de encuentro esteoeste. La Escuela de Barcelona hasta entonces había trabajado básicamente en la vertiente mediterránea de la península, y la nueva publicación —aclara Maluquer en el editorial de su primer número— tiene como “campo predilecto de acción el oeste peninsular y los problemas atlánticos, aunque no descuide tampoco las visiones generales”. De ahí la temprana y frecuente inclusión en sus páginas de colaboraciones de arqueólogos gallegos (Bouza Brey, López Cuevillas, Sobrino Lorenzo, Taboada...) y portugueses (do Paço, Trindade, Veiga Ferreira, Viana...), hecho este último poco habitual en las revistas españolas de mitad de siglo.

Al frente de la empresa, un animoso y joven catedrático —Maluquer tenía treinta y cuatro años— que, para el número inaugural, consciente de que quienes le habían precedido en el estudio de la prehistoria de Salamanca eran un ya anciano y desfasado sabio, Gómez Moreno, y un avezado arqueólogo de campo pero no un estricto estudioso, el Padre Morán, se reservaba un artículo de fondo, todo un anuncio regeneracionista, titulado “Estado actual del conocimiento de la prehistoria salmantina”. Y que asimismo se responsabilizaba de una sustanciosa sección de “Bibliografía”, uno de los puntos fuertes de la revista, que se hacía eco especialmente de novedades extranjeras⁸ y que se nutría en su mayor parte de las

7. Vide el trabajo de Jordi Maluquer de Motes en este mismo volumen.

8. Por las cartas que cruzan Bosch Gimpera y Pericot sabemos que algunos de los libros extranjeros que reciben en

recensiones que firmaba el propio Maluquer: ¡hasta 30 en el *Zephyrus* III! Una iniciativa, ésta de la crítica de libros, extremadamente exigente pero esencial para combatir el aislamiento científico de aquellos años, gracias a la cual no pasaron desapercibidos en España sucesos tan relevantes en la historia de la arqueología europea, como la solución del enigma de Piltown, el desciframiento del Lineal B, la gestación de la gran obra sobre el problema indoeuropeo de Bosch Gimpera, la puesta en marcha del innovador proyecto de arqueometalurgia del Laboratorio de Stuttgart, o la edición del “The Prehistory of European Society” de Childe.

Al declinar la década de los cincuenta, *Zephyrus* no era ya la revista balbuciente de los primeros números, sino una obra consolidada, en la que colaboraban con trabajos de alcance autores extranjeros del prestigio de C. Hawkes, M. A. Smith o E. Sangmeister. Además, en la línea de los mejores magazines franceses e ingleses, se había dotado de un Consejo de Redacción en el que, junto al director-fundador, aparecía ya como secretario José María Blázquez, Adjunto de la Cátedra de Arqueología desde 1957 e importante pilar del Seminario. Por otra parte, gracias a las aportaciones de éste y de Alberto Balil, la revista comenzaba a despuntar también en el campo de la arqueología clásica. Y, además, en sintonía con la proyección universalista que Bosch siempre había demandado para la Escuela (Gracia *et al.* 2002: 359, nota 1033; Cortadella 2005: XC), *Zephyrus* era una revista cosmopolita, como mínimo a la altura de las mejores de España (pienso en *Archivo Español de Arqueología* o en *Ampurias*). No cuesta gran trabajo entender, por tanto, la tentación de Maluquer de llevarse su cabecera a Barcelona cuando a finales de 1958 se resolvió el acceso a la cátedra de Arqueología de aquella Universidad. Bosch, que a la vista de este último éxito se manifiesta exultante porque su antiguo discípulo tenga la oportunidad de continuar la Escuela ya “rescatada del moro”, le anima a ello en carta de 21 de enero de 1959: “Està molt bé que s’hi quedi encara aquest curs per encarrilar i liquidar les coses i sobretot que surti *Zephyrus* i que el continuï a Barcelona” (Gracia *et al.* 2002: 359 nota 1033).

Mas la tentación —bien comprensible, por otro lado— solo quedó en eso. Y aunque Maluquer acabó regresando a Cataluña —no sin muchas dudas porque, como reconoció uno de sus hijos, “llegó a sentir y a identificarse con Salamanca como si fuese su propia casa” (Maluquer de Motes i Bernet 1988)—, y pese a que hubo de repetir, ya con bastante más edad, el tremendo esfuerzo de poner en marcha una nueva revista, *Pyrenae*, vinculada ahora al Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, *Zephyrus* permaneció en Salamanca dirigida por J. M. Blázquez, hasta la incorporación en 1962 de su nuevo director Francisco Jordá.

Salamanca han sido adquiridos por el primero en París durante su etapa al frente de la División de Ciencias Humanas y Sociales de la Unesco (Gracia *et al.* 2002: 286-287).

Megalitos salmantinos y vascos

Repito que la gran contribución del Maluquer de Salamanca fue dotar de contenido a la prehistoria de la Meseta, una prehistoria cuyo estudio, a diferencia de lo sucedido en bastantes otras zonas de la península —aquí no hubo un Góngora, unos Siret o un Estacio da Veiga—, aún nadie se había planteado acometer sistemáticamente a mitad del siglo xx. Los términos del desafío se exponen en el artículo de síntesis sobre la prehistoria salmantina publicado en el primer número de *Zephyrus*: pese al indudable mérito de los pioneros Gómez Moreno, Breuil y, especialmente, Morán, seguían existiendo enormes lagunas en su conocimiento y apenas se entreveían unas industrias achelenses asociadas a las terrazas del Tormes, una desdibujada población “postglaciar” responsable de las pinturas rupestres de las Batuecas y un fenómeno megalítico —en este caso ya mejor documentado puesto que Morán (1931 y 1935) había intervenido en varias decenas de monumentos— que entonces se fechaba en los comienzos de la Edad del Bronce. Lo que pudiera haber sucedido en el Paleolítico Superior, durante el Neolítico o en la fase de esplendor “de la segunda Edad del Bronce” era una completa incógnita (Maluquer de Motes 1950a).

Es comprensible que Maluquer, poco aficionado al estudio del Paleolítico y del arte rupestre, fijara su atención en el fenómeno megalítico, máxime cuando desde el Servicio de Excavaciones de Navarra ya había comenzado la prospección de los dólmenes de Bigüezal (Maluquer de Motes 1957b). En la síntesis ya mencionada del primer *Zephyrus*, al igual que en el ensayo sobre el proceso histórico incluido en la *Carta Arqueológica de Salamanca* de 1956, predominan naturalmente las consideraciones tipológicas sobre la cultura megalítica, esto es, sobre las plantas de las sepulturas, sobre sus alzados y cubiertas, y sobre sus ajuares nada especiales; pero no faltan tampoco algunas anotaciones de gran actualidad. Por ejemplo, en una época en la que se propendía a homologar fenómeno megalítico y paisajes de montaña, Maluquer destacaba la ubicación sistemática de los dólmenes salmantinos en las tierras horizontales de las penillanuras. Y, no contento con ello, insistía en un detalle —su gran visibilidad, ingeniosamente multiplicada mediante el recurso a túmulos de gran volumen (Maluquer de Motes 1950: 15)—, que jugará un papel clave en el debate surgido un cuarto de siglo después, desde el campo de la Arqueología Espacial, en torno al protagonismo de las tumbas megalíticas en la construcción de la territorialidad (Fleming 1973; Renfrew 1976; Criado y Vaquero 1993). Los emplazamientos no eran aleatorios sino fruto del estudio de distintas opciones: y, siendo importante, el factor económico no lo era todo (Delibes y Santonja 1986: 137-138), pues, como tampoco pasó desapercibido a Maluquer (1956: 14), con frecuencia las sepulturas dolménicas no se encontraban junto a las canteras, sino a bastante distancia de ellas, 1.500 m en el caso del sepulcro de corredor de la Casa del Moro de Gejuelo del Barro.

Igual de interesante es la observación de que los dólmenes charros jalonan viejos caminos históricos adaptados a vías naturales (Maluquer de Motes 1950:



Figura 2. Sepulcro de corredor de Txabola de la Hechicera, en la Rioja Alavesa (cortesía J. Fernández Eraso y J. Mujika).

18), en tanto cabe también ver en ella el origen de una línea de investigación muy potenciada en el último cuarto de siglo, sobre todo en el noroeste peninsular (Bello *et al.* 1982; Gómez Vila 2005), pero también en Salamanca donde, gracias a ella, ha sido posible columbrar la existencia de desplazamientos estacionales de las comunidades megalíticas entre las penillanuras y las cumbres del Sistema Central (López Plaza *et al.* 2000). Y parecido carácter innovador reviste la preocupación por las declinaciones de los pasillos de los monumentos —en Salamanca la gran mayoría de los dólmenes son sepulcros de corredor orientados al naciente, aunque algunos lo hagan al E y al S (Maluquer de Motes 1956: 11)—, tema hoy muy atendido en el marco general de la Arqueología Astronómica (Hoskin 2001), pero con un estudio de caso específico centrado en el foco dolménico salmantino (López Plaza *et al.* 1997). Realmente, Maluquer nunca se dedicó al estudio de los dólmenes con la intensidad que lo hizo en el caso del Berrueco, de Las Merchanas o de Cortes de Navarra. De hecho no excavó en ninguno de los megalitos de Salamanca (seguramente imaginando que Morán habría vaciado los más prometedores) y, pese a escribir el libro *Notas sobre la cultura megalítica navarra* (1964), no se le considera un especialista en el tema. Sin embargo, la originalidad de muchos de sus puntos de

vista —de nuevo patente en la discusión del valor de las ofrendas dolménicas, como viático de ultratumba o como “muerte ritual” de los objetos (Maluquer de Motes 1956: 15)— explica por qué muchas de sus propuestas continúan disfrutando de actualidad.

Pero lo más destacable, sin duda, de los trabajos de Maluquer sobre megalitismo, porque se trata de un pensamiento central presente en todos ellos, es la defensa de las raíces occidentales, ni catalanas ni nortepirenaicas, del foco dolménico vasco. La idea ya figura resumida en un breve artículo anterior a la llegada a Salamanca (Maluquer de Motes 1947) y en una reseña dedicada en el primer *Zephyrus* a la segunda edición de “Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica” de Pericot (Maluquer de Motes 1950b). Luego se repite en los escritos más o menos específicos sobre los dólmenes salmantinos, para reaparecer en la monografía sobre la cultura megalítica navarra de 1964. Pero donde acaba planteándose con todo lujo de detalles es en un artículo dedicado diez años más tarde a su amigo Domingo Fernández Medrano. Maluquer había quedado impactado por las excavaciones de don José Miguel de Barandiarán y de este último en La Rioja Alavesa, no pasándole desapercibido que la arquitectura de Chabola de la Hechicera, de El Sotillo o de San Martín, todos ellos sepulcros de largo corredor con cámaras redondas o

poligonales (Barandiarán 1964; Barandiarán *et al.* 1964), era la misma atestiguada en la llanura salmantina. Y como este último espacio, en su opinión, constituía “una zona marginal de la gran área megalítica del Oeste peninsular” (Maluquer de Motes 1956: 10), la deducción era inapelable: “la cultura megalítica llegó a la zona alavesa procedente de la expansión megalítica del área occidental portuguesa” (Maluquer de Motes 1974: 89). Una propuesta que no era esencialmente nueva, pero que ofrecía la novedad de proponer una vía de penetración interior en vez de la contemplada hasta entonces por el Cantábrico.

Se trataba de una explicación difusionista muy acorde con las inclinaciones de la arqueología prehistórica del momento y con las de la propia Escuela Catalana de Arqueología (Cortadella 2005), pero llena de matices. Porque, al no conocerse ocupaciones previas a la dolménica en la Rioja Alavesa, comenzaba por deducir que la implantación de los megalitos respondía a la llegada desde el oeste de un contingente demográfico portador a la vez de las arquitecturas dolménicas propias de su tradición y de los rituales fúnebres que se escenificaban en ellas (Maluquer de Motes 1974). No voy a detenerme a comentar qué aspectos de aquella propuesta resultan hoy más vulnerables, empezando por el reconocimiento de ocupaciones mesolíticas y neolíticas en diversos covachos de la vertiente meridional de la Sierra de Cantabria, reveladoras de la existencia de una población indígena previa, es decir de un sustrato (Fernández Eraso 2008); cuanto pretendo subrayar es que aquella propuesta de Maluquer constituyó el punto de partida de una vigorosa corriente de investigación posterior encaminada al estudio de la “megalitización” de la cuenca del Duero. Los primeros en reclamar, tras Maluquer, un camino interior de difusión desde el oeste fueron los investigadores del Museo de Burgos, a partir del descubrimiento de los sepulcros de corredor de Cubillejo de Lara y Porquera de Butrón (Osaba *et al.* 1971a y 1971b); más tarde H. N. Savory (1975) se apuntó a la misma idea, no sin cuidarse de precisar que las galerías cubiertas navarras y sus puertas perforadas se alineaban con otra esfera de influencia, esta vez nortepirenaica, lo que tampoco había escapado al buen ojo de Maluquer (1974: 90); el proyecto dedicado al estudio de los megalitos de Las Loras siguió insistiendo en la expansión hacia el este de un modelo dolménico originariamente portugués (Delibes y Rojo 1988; Delibes *et al.* 2002); y hasta acabaron por descubrirse en el valle medio del Duero una serie de tumbas megalíticas, algunas claramente de corredor, que materializaban el ansiado nexo entre las penillanuras salmantinas y los páramos loriegos (Delibes *et al.* 1987; Delibes y Zapatero 1996).

Lo destacable es que seguramente ninguno de estos trabajos habría existido sin la siembra previa de Maluquer. Y aunque hoy haya que matizar algunas de sus afirmaciones y sea obligado pensar en fenómenos de aculturación y no de simple difusión démica, por cuanto en prácticamente todo el espacio normeseteño hay huellas de un neolítico antiguo predolménico (Garrido *et al.* 2012) y porque tanto en La Lora (Delibes y Rojo 2002) como en Salamanca (Díaz Guardamino 1997) los sepulcros de corredor

no son el tipo megalítico inicial sino, al contrario, la culminación de una secuencia que se inicia con los dólmenes simples, el fondo último de la teoría maluqueriana se mantiene incólume. Porque nada cambia, a la hora de considerar una filiación occidental, que tanto en Extremadura como en el oeste de la Submeseta Norte se registre ahora la impronta no de una, sino de dos tradiciones arquitectónicas portuguesas diferentes, las de los sepulcros de corredor “alentejanos” y “beiranos” (Bueno 2005). Porque los idolillos-espátula de hueso del nivel inferior de San Martín, especialmente representativos del primer megalitismo alavés, han acabado por comparecer en gran parte de la cuenca del Duero, revelando la existencia de un mismo comportamiento simbólico y ritual entre la Rioja y la provincia de Zamora (Delibes *et al.* 2012). Y porque los célebres ídolos-placa de pizarra, “alentejanos”, que Maluquer echaba razonablemente de menos en los dólmenes de Salamanca, han acabado por aparecer (Santonja 1987; Guerra *et al.* 2009), confirmando la existencia de contactos con Extremadura que seguramente tuvieron lugar en las cumbres de las sierras de Gata y Francia o en la Sierra da Estrelha, aprovechando, como se señalaba más atrás, la estancia veraniega allí de los ganados de las comunidades de las dos vertientes (Delibes 2011). Muchos nuevos datos, pero todos perfectamente acomodables a los viejos esquemas de Maluquer.

La fosa campaniforme de Villabuena del Puente: reivindicación de Ciempozuelos y fin del espejismo del Bronce I Hispano

El hallazgo casual de los restos de una sepultura con cerámicas campaniformes en la localidad zamorana de Villabuena del Puente, que en condiciones normales hubiera pasado desapercibido, se erigió en el eje de una de las más importantes investigaciones de Maluquer. Los hechos debieron producirse a mediados de los años cincuenta, fueron comunicados por el director del Museo de Zamora, Vitoriano Velasco, al delegado de Zona del Servicio Nacional de Excavaciones, a la sazón, como vimos, el catedrático de Arqueología de Salamanca, y gracias a la rápida intervención de éste se convirtieron en un documento bien contextualizado y en un instrumento clave para la definición del horizonte del Vaso Campaniforme Ciempozuelos. Maluquer comprobó que los restos del Pago de la Peña, como se denominaba el lugar, correspondían a una inhumación individual con un imponente ajuar constituido por tres recipientes cerámicos profusamente decorados, un vaso campaniforme, una cazuela y un cuenco, aparte de un puñal de lengüeta de cobre, unas cintitas de oro, un brazal de arquero de arenisca y dos pequeñas piezas de hueso, a saber, una arandela y un botón cónico con perforación en V (Maluquer de Motes 1960b).

Villabuena del Puente dio ocasión a reinterpretar las sepulturas del célebre cementerio de la Cuesta de la Reina de Ciempozuelos, en Madrid, descubiertas más de medio siglo antes en excavaciones promovidas por la Real Academia de la Historia, y a considerar que la definición de la Cultura del Vaso Campaniforme

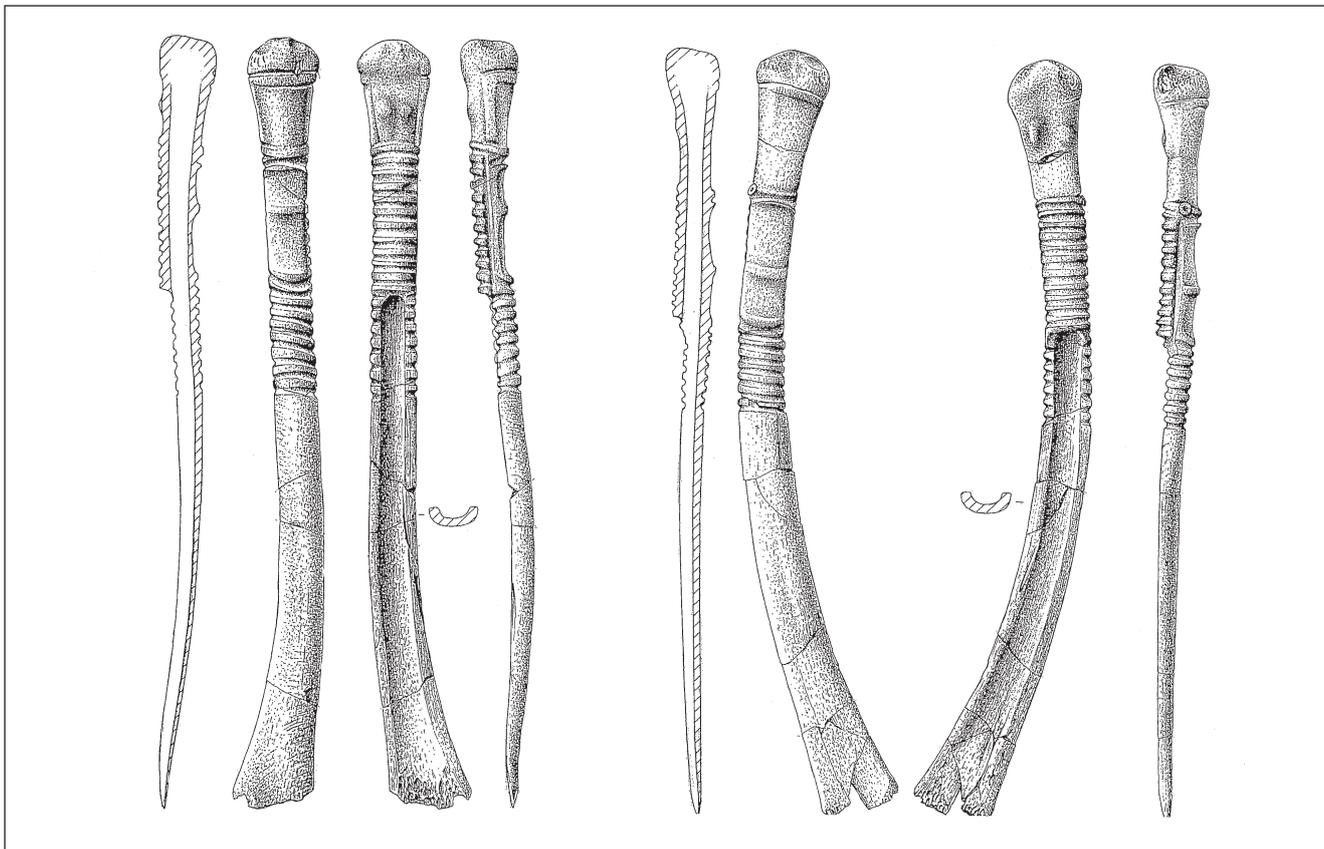


Figura 3. Espátulas de hueso del túmulo dolménico de El Miradero, Valladolid (dibujo: A. Rodríguez González).

me del interior peninsular no solo debía descansar, tal y como habían propuesto Riaño, Rada y García (1894), sobre la singularidad de unas cerámicas barrocammente adornadas con incrustación de pasta blanca, sino también en el reconocimiento de un patrón de enterramiento, individual y en fosa, que invariablemente incluía entre sus ofrendas la tríada de vasijas mencionadas.

El alcance de la nueva lectura era, sin embargo, mucho mayor. Maluquer, sobre la base de Villabuena del Puente, estaba poniendo en entredicho la legitimidad del Bronce I Hispano como etapa de transición entre el Neolítico y la auténtica Edad del Bronce o Bronce II. En realidad, este BIH de Martínez Santa-Olalla (1946) era un heterogéneo cajón de sastre, muy dilatado en el tiempo, en el que convivían bastante caóticamente la Cultura de las Cuevas, el Megalitismo y el Vaso Campaniforme; y lo que Maluquer con fundamento proponía era confinar a este último, al menos a las variedades más tardías pues dudaba si debía hacerse lo mismo con los tipos Marítimos, en un momento muy avanzado a situar ya en la transición de las edades del Cobre y del Bronce (Maluquer de Motes 1960: 129). Las dataciones de radiocarbono repetidamente obtenidas para conjuntos funerarios similares al de Villabuena tanto en una como en otra Meseta (Rojo *et al.* 2005: 425-426), han confirmado el acierto de su planteamiento e insisten en la rotunda disociación entre el horizonte megalítico y el campaniforme. Y, como el propio Maluquer adelantó años después al analizar la estratigrafía del sepulcro

de corredor alavés de San Martín, también se ha demostrado que los tipos propios de Ciempozuelos sólo comparecen en los dólmenes en momentos muy avanzados de sus biografías y, con frecuencia, cuando ya se hallan gravemente deteriorados (Maluquer de Motes 1974: 87-89). Hoy C. Holtorf (1996) no deja de suscribir lo mismo pero más retóricamente: los depósitos campaniformes en los megalitos sólo representan el comienzo de su “afterlife”.

San Martín, en todo caso, estaba lejos de ser un *unicum*. El profesor Maluquer apelaba a intrusiones similares en varios de los dólmenes excavados por Morán en el valle del Tormes y recordaba situaciones comparables y con lecturas parecidas por parte de los Leisner en los grandes sepulcros de corredor del valle del Guadalquivir (Maluquer de Motes 1960: 128). En rigor, es preciso reconocer que se trata de un fenómeno tan extendido como para anular la ecuación postulada inicialmente Ciempozuelos = fosas individuales, porque allí donde existen monumentos megalíticos las sepulturas campaniformes siempre buscan su amparo (Delibes 2010: 45). Mas nada de esto, en torno a lo cual modernamente ha surgido una potente línea de investigación, hace tambalear un ápice lo defendido por el maestro Maluquer: los conjuntos campaniformes son intrusivos en las “criptas colectivas”, como las llamaba, que fueron los dólmenes e indefectiblemente se depositan en ellas muchos siglos después de que dejen de funcionar regularmente como panteones colectivos: en la Sima de Miño, en el sur de Soria, casi mil años más tarde (Rojo *et al.* 2005: 73-175).



Figura 4. Ajuar de la sepultura del Pago de la Peña en Villabuena del Puente (cortesía del Museo de Zamora).

¿Con qué intención? E. Álvarez Vidaurre (2011) que, como todos los investigadores actuales, suscribe la idea de Maluquer (1974: 90) de que estas ostentosas tumbas campaniformes corresponden a un estamento aristocrático, se decanta por la siguiente explicación: en un momento de cierta tensión provocada por la disolución de la sociedad igualitaria tradicional, los nuevos cabecillas trataron de legitimarse reclamando un puesto en la tumba sagrada de los antepasados y atribuyéndose una genealogía ficticia (Bradley 1993). Un comportamiento —no se pierda de vista— similar al registrado muchos siglos después y con idéntico propósito, entre los prohombres de la Grecia arcaica, cuando se reservaban el privilegio de enterrarse en las tumbas de los héroes de época homérica (Coldstream 1976).

Como puede verse, también en el tema del campaniforme la obra del maestro se proyecta hasta la actualidad, y no solo en este terreno de las variedades formales de los enterramientos porque también hay que recordar cómo Maluquer insistía en la presencia en las tumbas de Ciempozuelos de “una vasija de cada uno de los tipos”, vaso, cazuela y cuenco, y en su condición —atendiendo a la homogeneidad de las decoraciones de los tres recipientes, a sus genuinas formas, a su agrupación espacial y a sus dimensiones— de “equipo completo” (Maluquer de Motes 1960: 128). Tan imaginativo como siempre, dejaba entender, y muchos le secundamos (Delibes 1977: 88-90; Garrido 2000: 35), que aquello constituía un juego o servicio seguramente relacionado con un

ceremonial específico que hoy, por medio de los análisis químicos de residuos, sabemos solía ser el consumo de cerveza, a veces mezclada con alguna sustancia alteradora de conciencia (Guerra 2006). Las tres vasijas, por tanto, lejos de constituir los enseres personales del difunto, como podría haberse creído, eran los adminículos de una liturgia de despedida en la que los participantes, para que el rito produjera el efecto deseado, habían de hacerlo en estado de enajenación. Algo así como los tres elementos de la *mensa vinaria* del mundo clásico (*kratera*, *oinochoe* y *kylix*), en la que la cazuela debió utilizarse para las mezclas, el cuenco —siempre de menor diámetro que aquella— para el escanciado y el vaso campaniforme para la propia ingestión de la bebida (Delibes *et al.* 2009).

Pero, en realidad, las miras del profesor Maluquer, al fin y al cabo hijo de su tiempo, no estaban puestas tanto en estas cuestiones propias de una arqueología del comportamiento, cuanto en los aspectos histórico-culturales del campaniforme. Y en este sentido también fue innovador porque a la hora de hacer lectura de los procesos históricos no todo era para él, como en los primeros esquemas childeanos, un deambular de pueblos que se suplantaban compulsivamente: tuvo la clarividencia de conceder gran importancia al concepto de “sustrato” dejando una puerta abierta a la posibilidad de cambios culturales en la continuidad. Es curioso y destacable, en este sentido, cómo contra corriente, porque la tendencia en la época era exactamente la opuesta, sostenía que la población “del

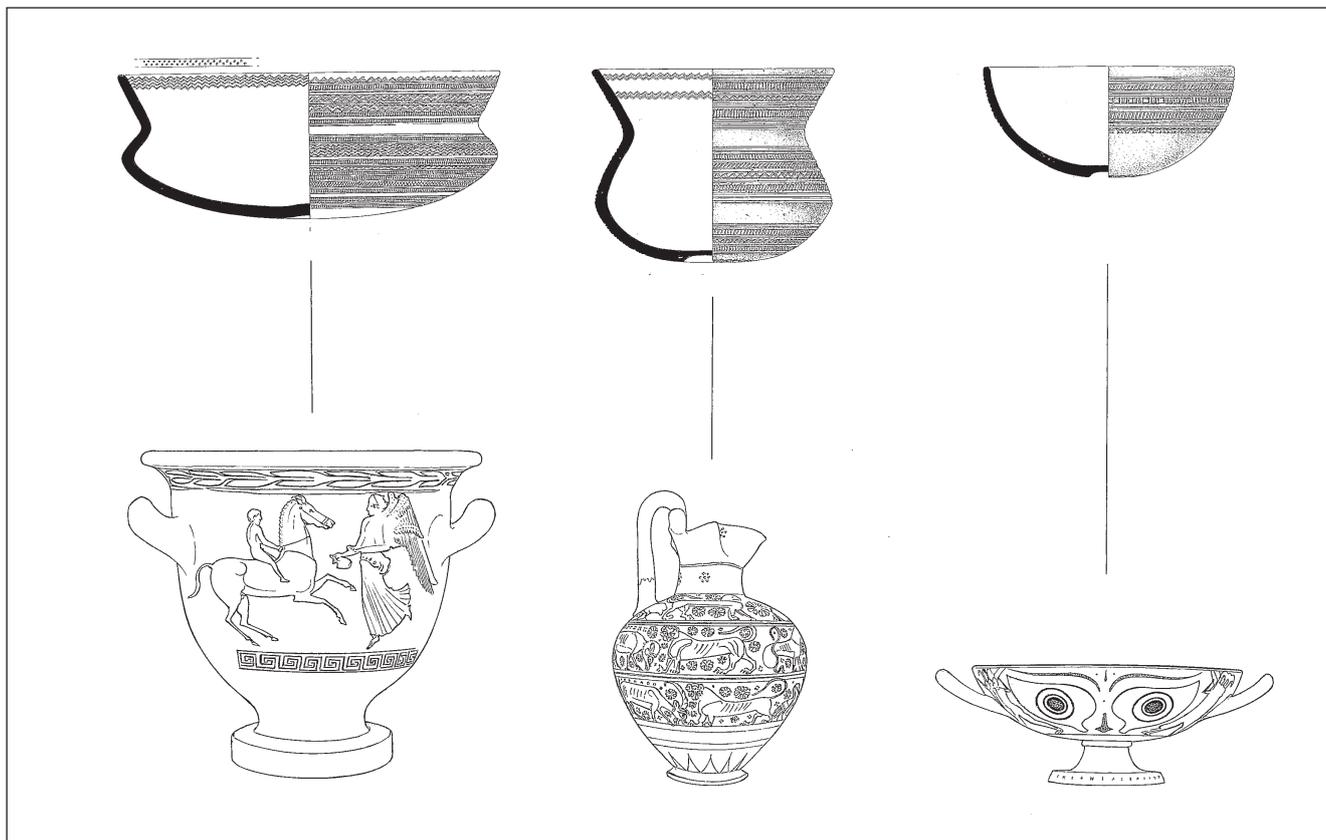


Figura 5. Propuesta de correspondencia funcional entre la tríada de vasijas Ciempozuelos y la terna *vinaria* del mundo clásico mediterráneo.

primer Hierro” del Cancho Enamorado y la eneolítica de La Marisvela (yacimiento, por cierto, con alguna cerámica campaniforme Marítima), ambas en el Cerro del Berrueco, eran desde el punto de vista étnico la misma (Maluquer de Motes 1958a: 27).

Consecuentemente, siempre se mostró escrupuloso e incluso reticente a la hora de identificar el Vaso Campaniforme con un pueblo, aunque hubiera sido pedirle demasiado que no sucumbiera a la tentación de preguntarse por el *origen* de la “civilización de Ciempozuelos” (Maluquer de Motes 1960: 130). Y al respecto Maluquer, siempre sagaz, se anticipó hasta cierto punto a la exitosa teoría del “reflujo” de Sangmeister (1963) aduciendo sin grandes alharacas unas influencias —sobre todo en el terreno de la metalurgia— del norte de los Pirineos y de Centroeuropa, que luego se han ido ampliando a otros terrenos: los botones en V inspirados en los de las tumbas de Europa central (Harrison 1977: 64-66); los aros de hueso tipo Villabuena del Puente análogos a los del círculo uneteciano de Straubing (Delibes 1978b); las propias cerámicas incisas y pseudoexcisadas del valle del Ródano, similares a las de Ciempozuelos (Guilaine 1967), etc.

La crítica por parte de la Nueva Arqueología de los excesos del difusionismo a la hora de explicar el cambio cultural se hallaba implícita en su propia filosofía, pero también fue en parte consecuencia de las graves limitaciones de la disciplina arqueológica para demostrar la movilidad de las poblaciones prehistóricas. Teorías como la del “reflujo”, contrarias a la esencia misma de la Arqueología Procesual, es

lógico que en los ochenta se declararan en crisis, pero hoy exigen cierta reconsideración a la luz de análisis como el de la dentina del Arquero de Amesbury, revelador de que aquel varón campaniforme enterrado cerca de Stonehenge se había criado nada menos que en la zona de los Alpes (Fitzpatrick 2002). Aunque no se sepa cuántos de aquellos “aliens isotópicos” centroeuropeos atravesaron el Canal (Sheridan 2005), es evidente que en aquella época las gentes se desplazaban y ello devuelve cierto sentido, por ejemplo, a la teoría clásica de un pueblo guerrero campaniforme que, partiendo de la desembocadura del Rin, invadió las Islas Británicas (Thomas 2005: 107). Invocando estos datos no pretendo reivindicar un cambio total de paradigma, porque sería absurdo dejar de lado ahora todo lo aprendido estos últimos años sobre el significado del campaniforme en el terreno ideológico o del surgimiento de la desigualdad social, pero sí reflexionar sobre la pluralidad y la provisionalidad de las lecturas de los documentos arqueológicos. Como un espejo, la ley del péndulo nos devuelve a veces antiguos puntos de vista, viejas imágenes remozadas. Tal podría ocurrir con los planteamientos de Maluquer sobre el origen del Campaniforme Ciempozuelos. Pero esto sería solo una pequeña anécdota apenas ilustrativa del auténtico valor de su obra; lo esencial es que, a través de Villabuena del Puente, acertó a deconstruir el abstruso Bronce I Hispano estableciendo con ello un antes y un después en la investigación del campaniforme de la Península Ibérica.

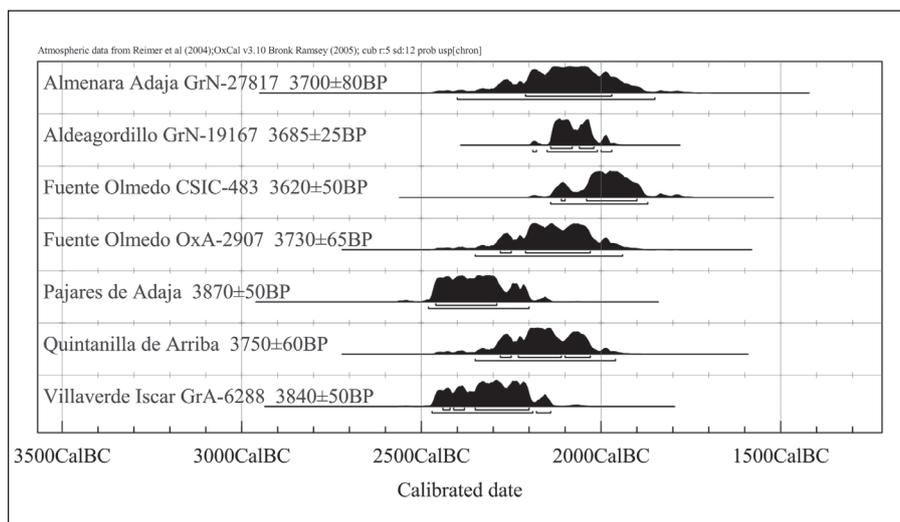


Figura 6. Gráfica de las dataciones C 14 de las tumbas individuales Ciempozuelos de las campiñas meridionales del Duero.

Excavaciones en el Cerro del Berrueco: una nueva visión del horizonte de las cerámicas decoradas con la técnica del Boquique

Se cumplen ahora sesenta años del inicio de las excavaciones de Maluquer en El Cerro del Berrueco, un monte-isla granítico en la vertiente norte de la Sierra de Gredos desde cuyos 1.354 m de altitud se domina el curso superior del Tormes. Fueron sus primeras excavaciones en Salamanca y eligió el lugar tentado por la importancia de los hallazgos pre y protohistóricos que allí se venían produciendo desde el siglo XIX (Morán 1924). Efectuó cuatro campañas, con la colaboración inestimable de su compañero universitario y amigo Luis Cortés, apasionado de la cultura popular, las cuales se centraron especialmente en un rellano de la cumbre principal del cerro, El Cancho Enamorado (Maluquer de Motes 1958a).

Descubrió allí, acomodadas al caos de bloques berroqueños, un conjunto de viviendas entre cuyos ajuares abundaban las cerámicas excisas y del Boquique con incrustación de pasta blanca. Había topado con un horizonte arqueológico prácticamente inédito, a duras penas barruntado con anterioridad en los areneros del Manzanares y en la base del castro de Las Cogotas, que atribuyó a la Primera Edad del Hierro de la Meseta. Y creyó ver proyectados en él elementos de sustrato (el Boquique o punto en raya, más la pasta blanca incrustada herencia de Ciempozuelos) y foráneos (la excisión, de ascendencia hallstática), circunstancia que le obligó a una complicada lectura, en clave étnica, de la población del Cancho Enamorado (Maluquer de Motes 1958a: 68; 1958b: 97-99). Con sus luces y sus sombras, lo reseñable es que Maluquer acababa de definir Cogotas I, la cultura arqueológica que a lo largo del medio siglo siguiente se iba a convertir en uno de los principales temas de estudio de la Prehistoria reciente peninsular (Fernández-Posse 1998).

Desde hace años la ecuación cerámicas excisas y del Boquique = primera Edad del Hierro se considera superada. Los argumentos que la habían justificado

tenían que ver, por un lado, con la cronología concedida a las cerámicas excisas a partir de los datos de Cortes de Navarra, también con el hallazgo de un escondrijo de cinceles de hierro en la choza Be 2 del Berrueco, y por último con ciertas observaciones estratigráficas de la complicada secuencia del castro de Los Castillejos en Sanchorreja. Hoy cualquier listado de dataciones C 14 de la plenitud Cogotas I, como el obtenido para el propio Cancho Enamorado (López y Martínez 2006), le hubieran convencido fácilmente de la necesidad de envejecer dicho horizonte medio milenio, hasta los siglos XIV-XI cal AC. Y digo fácilmente porque, entre líneas, se ve que era una posibilidad que contemplaba. Frases como “aceptaríamos una fecha anterior al año 1000 para el momento inicial de nuestro poblado” (1959a: 96) o como “el Cancho Enamorado corresponde a la transición de la Edad del Bronce del Oeste peninsular a la primera Edad del Hierro” (1958b: 48) resultan reveladoras al respecto, y no eran frases huecas o de trámite, porque se apoyaban en documentos tan sólidos como la presencia de un puñal Porto de Mos en la choza Be 6, como la recuperación de un primitivo asador de bronce entre Be 1 y Be 6 o como el hallazgo en el Cerro del arco de una fibula de codo tipo Ría de Huelva (Maluquer de Motes 1958a: 69-87).

A su llegada a Salamanca, desubicado y huérfano de datos, Maluquer se había preguntado textualmente “¿qué sucede en estas tierras cuando la metalurgia del bronce creó la gran cultura del Bronce Atlántico?” (Maluquer de Motes 1950: 19), y ahora, poco más de un lustro después, la excavación del Cancho Enamorado le ofrecía la respuesta. La tesis doctoral realizada un cuarto de siglo más tarde sobre este tema por J. Fernández Manzano (1984) no hizo sino ahondar en aquel presentimiento del maestro y trasladar sus ideas a toda la Meseta Norte, de manera que hoy, pese a la normal disparidad contextual de depósitos metálicos del Bronce Final y de yacimientos con cerámicas excisas y del Boquique, existen pocas dudas de la correspondencia de ambos a un mismo horizonte cultural: los responsables del escondrijo de

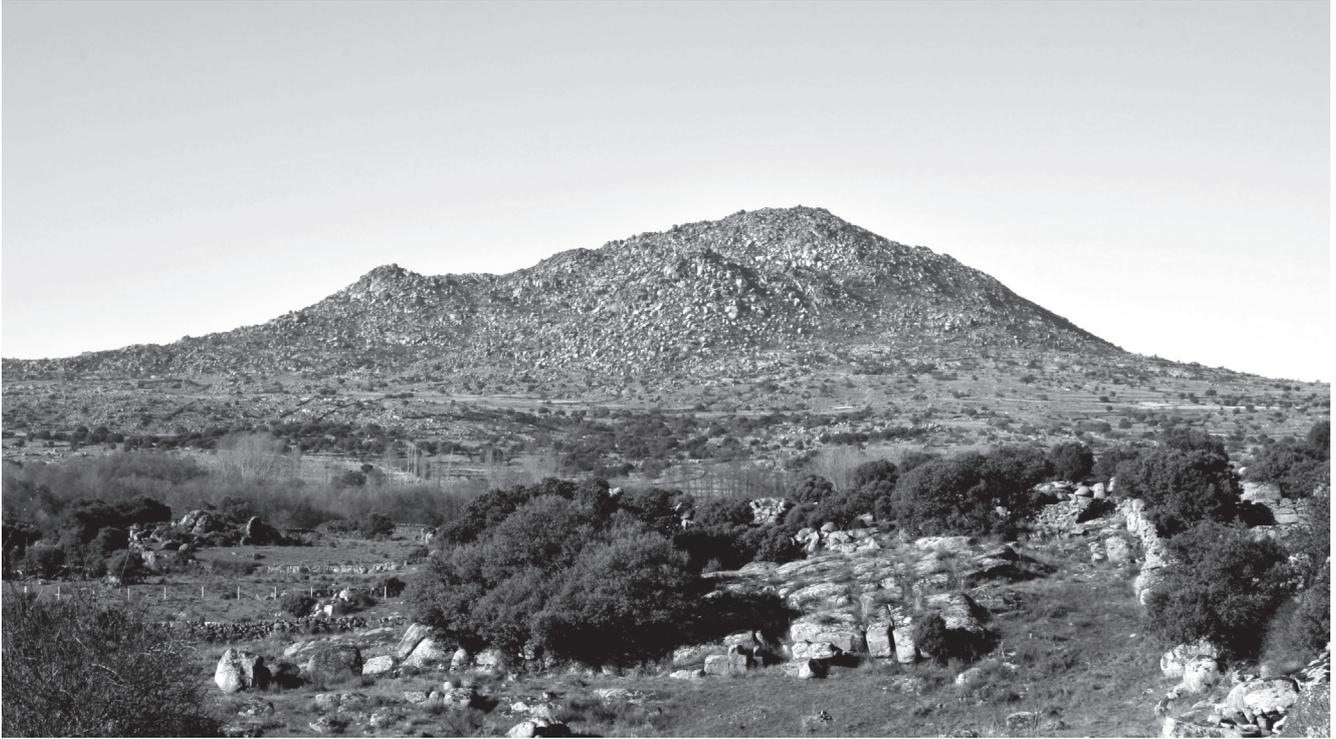


Figura 7. Panorámica del Cerro del Berrueco, en El Tejado, Salamanca (cortesía J. F. Fabián).

bronces de Valdevimbre fueron las gentes Cogotas I del cercano castro de Ardón (Celis *et al.* 2004).

Como se ve, el papel otorgado inicialmente a los metales del Berrueco fue el de meros marcadores cronológicos. Sin embargo, por su carácter excepcional, algunos estaban llamados a lecturas de más enjundia. En relación con las fíbulas de codo, por ejemplo, cuya atribución a Cogotas I confirmó el hallazgo de San Román de Hornija (Delibes 1978), pronto comenzaría a sospecharse, dada su analogía con las de la Ría de Huelva y las andaluzas en general, que se trataba de elementos de prestigio —broches de túnica tal vez— llegados desde el sudoeste a través del camino de la Plata (Carrasco *et al.* 2012). Se vinculaban, pues, a una vía de comunicación S-N que seguramente no era todavía tan dinámica como en el periodo Orientalizante, pero por la que también hubieron de llegar hasta el Berrueco los hierros de la cabaña Be 2, pues, como los del tesoro de Villena y otros portugueses, son de origen mediterráneo y precoloniales, encontrándose entre los más antiguos del oeste de Europa (Almagro Gorbea 1993; Vilaça 2006). Tales lecturas, realizadas ya en el marco de una arqueología más moderna y desarrollada, no dejan de ser sin embargo frutos tardíos de la siembra efectuada por Maluquer en el Cancho Enamorado. La misma siembra, por otra parte, a la que hace una década recurrimos para defender el parentesco de ciertas excisiones de la Meseta con las europeas de los grupos de Duffaits y de los Hügelgräber (Delibes *et al.* 2000). Entonces nos atrevimos a proponer que la interacción entre ambos territorios pudiera haberse canalizado, como en otras zonas de Europa en esa misma época (Wels-Weyrauch 1989), a través del intercambio de mujeres, pero esto era lo único original de nuestra propuesta porque su verdadera inspiración

residía en una reflexión de Maluquer sobre ciertos alfileres del Berrueco que intuitivamente comparaba con los de “los pueblos centroeuropeos de la cultura de los túmulos del Bronce Medio” (Maluquer de Motes 1958a: 96).

Los estudiosos del espacio que F. J. Abarquero (2005) ha bautizado como “el área nuclear Cogotas I”, esto es la cuenca sedimentaria del Duero y los arenas del Manzanares, llevan años interrogándose por la escasa visibilidad de los espacios habitacionales de esta cultura arqueológica y lamentando la dificultad de reconocer sus estructuras domésticas en la maraña de los “campos de hoyos” que suelen ser sus asentamientos. De hecho, pese al alto número de yacimientos excavados, sólo se conocen plantas de viviendas completas en unos pocos sitios como Los Tolmos de Caracena, el Teso del Cuerno de Forfoleda o La Horra (Abarquero 2005: 43), circunstancia que no pocas veces ha servido para postular una fuerte movilidad entre las poblaciones cogotianas, cuando no su condición de pastores trashumantes. Sin embargo, la opción de la trashumancia parece bastante remota: la fuerte organización normativa del Honrado Concejo de la Mesta, conciliando los intereses de agricultores y ganaderos del Medioevo, es casi inimaginable en tiempos prehistóricos (Abarquero 2005: 423-437); además, los estudios polínicos revelan la existencia de campos de trigo en las inmediaciones de muchas de las aldeas Cogotas I, prueba de que sus ocupantes permanecían ininterrumpidamente en ellas entre el momento de la siembra, realizada a favor de las primeras lluvias de septiembre, y el de la recolección en pleno verano (López Sáez *et al.* 2009); y también parece indicativa de la entidad de las ocupaciones la abundancia de silos o graneros subterráneos detectada en los asentamientos (Belli-

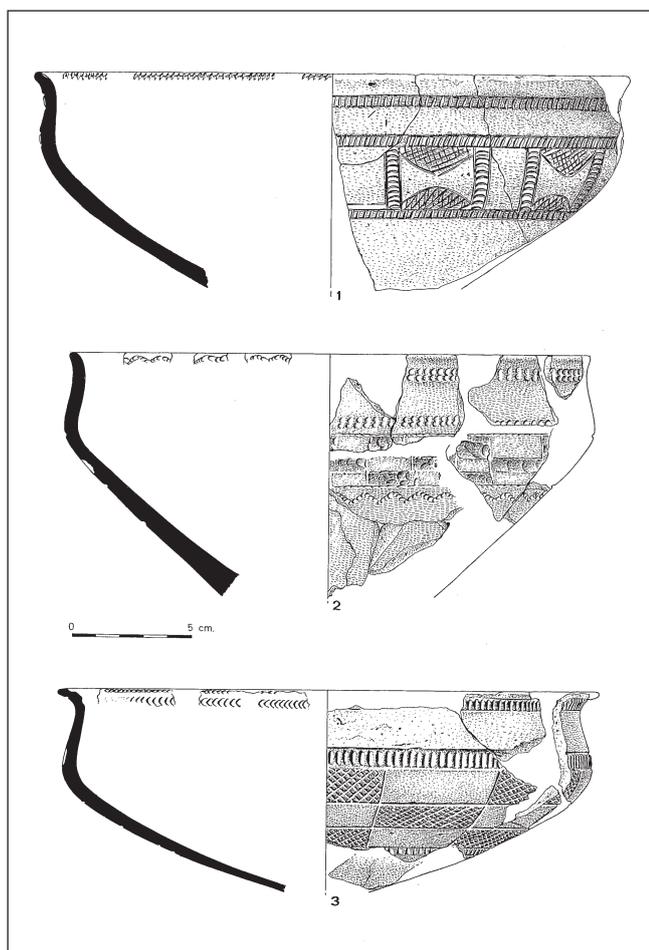


Figura 8. Vasijas troncocónicas de filiación Cogotas I de San Román de Hornija, Valladolid (dibujo: A. Rodríguez González).

do 1996). Se ha acabado imponiendo, por tanto, la idea de unas comunidades estantes, hecho —por eso quiero destacarlo— que se compadece perfectamente con la imagen que transmite Maluquer a través de las viviendas del Cancho Enamorado (Maluquer de Motes 1958a: 40-42): contaban por sistema con un pavimento de tierra pisada (a veces doble) y con una placa de hogar de barro; todas se recostaban en los canchales de granito pero completando sus perímetros, cual se advierte en Be 1 y Be 3, con tramos de pared de mampostería; no era raro que, para evitar la humedad del suelo, recurrieran a un enlosado, que en Be 6 estaba compuesto enteramente de piedras de molino inservibles (utillaje macrolítico); y en ninguna de las viviendas faltaba un juego de molinos en uso, a veces acompañado de un par de grandes tinajas de almacenamiento. ¿No parece la dotación propia de auténticas casas, más que de cabañas provisionales?

El tema de la subsistencia también mereció jugosos comentarios por parte de Maluquer quien, seguramente, sobredimensionó la importancia de la actividad ganadera entre las gentes cogotianas debido, en parte, a la distribución de los primeros yacimientos conocidos por zonas de media montaña del Sistema Central, con malos suelos agrícolas, y también a causa del simbolismo de una técnica decorativa de la cerámica, la excisión o *kerbschnitt*, universalmente identificada

con la artesanía pastoril (Maluquer de Motes 1957). Sobre esta base se refería sistemáticamente a los cogotianos como “pastores de excisión y Boquique”, atribuyendo en concreto a los ocupantes del Berrueco “una economía básica pastoril (de cabrío y lanar)” a la que se incorporaría posteriormente el vacuno aportado por la población europea de la cerámica excisa (Maluquer de Motes 1958a: 99-100).

Esta decidida apuesta por la actividad pastoril, en todo caso compatible con algo de agricultura (Maluquer de Motes 1958a: 99), también ha tenido una fuerte repercusión en la bibliografía posterior. El maestro hubiera disfrutado sabiendo del uso como redil, bien avanzada la Edad del Bronce, del vestíbulo de la Cueva del Mirador, en el complejo de Atapuerca. Asimismo con la identificación en el yacimiento Protocogotas de La Gravera de Puente Viejo, en Ávila, de esporas de ciertos hongos parásitos de las deyecciones del ganado. Y en no menor grado conociendo los datos polínicos de El Castillo de Rábano (Valladolid), igualmente Protocogotas y reveladores de la existencia en su entorno de amplios pastizales de gramíneas salpicados de especies beneficiadas por la visita del ganado (Guerra *et al.* 2011-2012: 83). Pero la información por excelencia para el análisis de la gestión ganadera en Cogotas I ha tenido su origen sobre todo en los estudios zoológicos, muy especialmente en el realizado sobre más de 7.000 huesos de “grandes mamíferos” en el yacimiento de Moncín (Zaragoza). Es llamativo en él que una especie cinegética como el ciervo represente todavía la cuarta parte de los restos, pero la mayoría de la carne consumida corresponde ya a animales domésticos, con dominio del ganado ovicaprino (30%) sobre el vacuno (20%), sobre el equino (15%) y sobre el de cerda (7%). Pero aún más novedoso resulta comprobar que las pautas de sacrificio del ganado vacuno, a juzgar por el predominio de hembras adultas, se orientan abiertamente a la explotación de la leche, lo que explicaría por qué son tan comunes las queseras o encellas en la alcallería Cogotas I (Legge 1994: 453-582).

Pero para Maluquer el auténtico nudo gordiano de la interpretación de Cogotas I era la cuestión étnica porque, en el fondo, entender Cogotas I era dilucidar el origen del pueblo que habitaba el Cancho Enamorado. Y su propuesta al respecto, aunque formulada con algún rodeo, acabó siendo tajante: se trataba de una población mestiza, fruto de la fusión de un sustrato indígena (cuyo principal distintivo era el Boquique) y de “una franca aportación de un pueblo oeste-europeo” responsable de las decoraciones excisas y seguramente también de “una lengua del grupo indoeuropeo” (Maluquer de Motes 1958b: 97). El problema era rastrear, más allá de las mencionadas cerámicas, el ascendiente de una y otra población y Maluquer se mostraba convencido de que el terreno más apropiado para hacerlo eran los enterramientos. “Aún no se han descubierto —decía— las necrópolis que puedan adjudicarse a esta cultura”, pero a la luz del hallazgo de Renedo de Esgueva “podemos admitir que aquellas poblaciones practicaban un ritual de inhumación y que los nuevos llegados poseerían la doble tradición de inhumación e incineración propia



Figura 9. Panorámica del castro de Los Castillejos en Sanchorreja, Ávila (cortesía J. F. Fabián).

de la cultura europea de los Hügelgräber”, aunque a la postre acabara predominando la incineración” (Maluquer de Motes 1958b: 98).

Aunque apenas disponía de documentación sobre la esfera funeraria, Maluquer había logrado plantear el debate en términos tan atractivos como para que el tema no se sumiera en el olvido. Una vez más, el maestro había desbrozado y acondicionado el terreno para que lo labraran y explotaran otros. Lo cierto es que, gracias a su planteamiento, el ritual funerario Cogotas I se ha convertido en un campo de investigación de primera fila. El descubrimiento, primero, de una sepultura de inhumación triple en San Román de Hornija, en cuyo ajuar convivían cerámicas excisas y del Boquique, vino a poner en cuarentena la hipótesis incineradora (Delibes 1978a). Luego, las disquisiciones etnicistas fueron apagándose conforme se detectaban nuevas inhumaciones en hoyo en los areneros de los alrededores de Madrid (Blasco *et al.* 1991). Y, con el tiempo, se fue adquiriendo conciencia también de la enorme variedad de soluciones formales que adoptaban las tumbas cogotianas (Esparza 1991).

Hoy parece lógico pensar que si, después de medio siglo, el anhelo de Maluquer de descubrir una necrópolis no se ha hecho realidad, es porque no existen: todas las tumbas conocidas —por lo general individuales, con escasos elementos de ajuar y en el interior de hoyos o silos— lejos de agruparse en áreas funerarias diferenciadas se reparten sin un orden claro por los espacios domésticos. Además, los investigadores coinciden en que las tumbas documentadas son demasiado escasas para considerarlas representativas de la *norma funeraria cogotiana*. Y todo ello reavivó la vieja teoría de Schüle (1969) de que las gentes Cogotas I, en realidad, podrían haber imitado ciertos ritos mortuorios de los pueblos del

Bronce Final del oeste europeo (cremación de cadáveres y entrega de cenizas a las aguas) que se caracterizan por no dejar huella arqueológica. Sin embargo recientemente, al analizar los restos esqueléticos de varios enterramientos parciales del campo de hoyos de Tordillos, en Aldeavieja de la Frontera (Salamanca), ha sido posible comprobar que se trata de tumbas secundarias, cuyos huesos —con mordiscos de perros y alteraciones de haber permanecido largo tiempo a la intemperie— parecen proceder de un expositor o pudridero: ¿un atisbo esa elusiva *norma funeraria Cogotas I*? (Esparza *et al.* 2012b). Realmente, ni esta ni otras cuestiones estudiadas modernamente —las relaciones de parentesco entre los individuos de tumbas dobles, triples y cuádruples; el análisis de dieta y movilidad mediante isótopos; el uso de ciertos hoyos como panteones de uso diacrónicos, etc. (Esparza *et al.* 2012a)— se hallaban aún en el punto de mira de Maluquer; pero podemos estar seguros de que, sin su vehemente invitación hace cinco décadas a profundizar en el estudio del ritual funerario de “los pastores de excisión y Boquique”, seguirían siendo una quimera.

Los comienzos de la Edad del Hierro en el sudoeste de la Meseta: Sanchorreja y el Cerro de San Vicente

A la hora de documentarse para completar la secuencia de la protohistoria del sudoeste de la Meseta, Maluquer se nutrió, por un lado, de las publicaciones sobre los castros de Las Cogotas y la Mesa de Miranda, con sus correspondientes necrópolis (Cabré 1930 y 1932; Cabré y Molinero 1950), y por otro de sus propias excavaciones en El Cancho Enamorado del Berrueco. De ahí surgió el reconocimiento de dos

fases, Cogotas I (las cerámicas excisas y del Boquique del Berrueco, también presentes en la base de Las Cogotas) y Cogotas II, asimilada en este caso al esplendor castreño e identificado con las cerámicas con decoración a peine y a torno celtibéricas (Maluquer de Motes 1960a: 142-144). Y, como intuiera la existencia de un *hiatus* o salto entre ambas, se aprestó a diseccionarlo sirviéndose para ello de las excavaciones inéditas de E. Camps y J. M. de Navascués en el castro de Los Castillejos de Sanchorreja. Maluquer, que sabía representados allí ambos horizontes, obtuvo el visto bueno de Navascués para afrontar la tarea y trasladó para ello los materiales desde el Museo Arqueológico Nacional al Seminario de Salamanca, donde fueron ordenados con la ayuda de Agapita Serrano y de José María Blázquez, antes de que Serafín Martín García y Roberto Arce procedieran a su restauración.

El resultado de aquel trabajo fue otro famoso libro, publicado el mismo año que el del Berrueco (Maluquer de Motes 1958b), pero que hubo de apoyarse enteramente en datos de segunda mano (los diarios de excavación), lo que en parte explica por qué al menos dos de sus conclusiones resultaron fallidas. La primera se refiere a la convivencia estratigráfica de excisión y Boquique con unas cerámicas a mano pintadas en rojo y blanco supuestamente emparentadas con las “hallstätticas” de Cortes de Navarra: ambas configuraban Sanchorreja I, la Primera Edad del Hierro de la zona a datar entre el 700 y el 500 a.C. Y, la segunda, que el nivel inmediatamente superior, Sanchorreja II, representado por unas cerámicas con decoración a peine muy liviano, se correspondía con Cogotas II, es decir con la plena Segunda Edad del Hierro.

Las excavaciones de González Tablas en los años ochenta en el propio Sanchorreja contribuyeron a trazar un panorama bastante distinto, también con dos horizontes pero con un reparto diferente de papeles y de cronologías: tras una leve huella calcolítica, la secuencia se iniciaba con un nivel genuinamente Cogotas I atribuible, como el del Cancho Enamorado, al final de la Edad del Bronce; pero las cerámicas pintadas no eran de esa época sino posteriores, sincrónicas de las decoradas con peine fino que, a diferencia de las más barrocas del horizonte Cogotas II de Las Cogotas y La Osera, constituían propiamente la primera Edad del Hierro de la vertiente norte del Sistema Central (González Tablas y Domínguez Calvo 2002). La relectura despejaba realmente muchas incógnitas, pero nada de ello ha sido obstáculo para que la propuesta original de Maluquer sobre Sanchorreja haya seguido siendo piedra angular en cuantos ensayos —del propio González Tablas (1990), de Martín Valls (1986-1987 y 1998), de Fernández Gómez (1995), de Álvarez Sanchís (1999) o de Esparza y Blanco (2008)— se han ocupado desde entonces del estudio de las raíces vetonas.

Pero la auténtica revolución para el conocimiento de la Primera Edad del Hierro en el valle del Tormes ha partido de las modernas excavaciones en el casco urbano de Ledesma (Benet *et al.* 1991) y en el Cerro de San Vicente de Salamanca (Macarro y Alario 2012), yacimiento este último analizado en su

día por Maluquer como posible sede de la *Helmantiké* atacada por Aníbal (Maluquer de Motes 1951). Gracias a ellas hoy puede atribuirse a este periodo la aparición sistemática de una serie de aldeas vinculadas a la plenitud del grupo Soto de Medinilla del valle medio del Duero; aldeas que, como sucede en el poblado epónimo, están constituidas por casas de adobe predominantemente circulares, dotadas de banco corrido y pinturas murales, y cuyos ocupantes utilizaban la vajilla más bien lisa del Soto, con sus típicos recipientes de pie levantado. Tal vez sea demasiado atrevido asimilar la ocupación post-Cogotas I de Sanchorreja, un enorme castro con su complejo sistema de murallas de piedra, a esta “cultura del barro” del Soto, mas lo cierto es que a lo largo de toda la secuencia del Hierro I del Cerro de San Vicente las vasijas soteñas conviven con las mismas cerámicas pintadas postcocción y con los mismos primitivos “peines”, muy livianos, característicos de la principal ocupación de Los Castillejos. En resumen, en el territorio de los Vettones al horizonte Cogotas I le sucedió este otro más o menos homogéneo de la Primera Edad del Hierro representado, con todas sus particularidades, en Sanchorreja y en el Cerro de San Vicente.

Es evidente que estas investigaciones han introducido cambios sustanciales en la lectura de la secuencia de la Edad del Hierro del sudoeste de la Meseta Norte, las cuales suponen cierta superación de las tesis de Maluquer. Sin embargo, una de las ideas centrales de los trabajos de éste, la de que los pueblos indígenas del Berrueco y, sobre todo, de Sanchorreja mantuvieron relaciones con Tartessos, conserva todo su predicamento. El momento álgido de las relaciones se situaba en el siglo VII, cuando debieron llegar a Sanchorreja los bronceos del escondrijo *Sa 1*, entre ellos el famoso broche de cinturón con la representación de un grifo, minuciosamente estudiado por Maluquer (1957: 242-249), cuyos mejores paralelos se hallaban en las necrópolis del Bajo Guadalquivir. Se trataba, como en el caso de las placas con figuras aladas del Berrueco, de los “braseros” decorados con manos y rosetas de Sanchorreja o de los célebres jarros tartésicos también de bronce decorados con palmetas, de objetos importados cuya progresión hacia el norte a través de la Vía de la Plata superaba las cumbres del Sistema Central. Una vez más hay que destacar el mérito de Maluquer planteando estas cuestiones, desbrozando una senda con el tiempo convertida en un potente campo de investigación: el de las elites locales que, ávidas de prestigio, adoptaban la vestimenta, los cultos, los rituales y la tecnología introducidos por los fenicios en el sur de la península. Sin duda Maluquer era muy consciente entonces del potencial científico de aquel fenómeno; lo que probablemente no sospechaba en 1957, mientras estudiaba la hebilla referida de Sanchorreja, es que acababa de ser atrapado en la fascinante telaraña de Tartessos y del mundo orientalizante, iniciando una trayectoria que, con el paso de los años, le llevaría a estudiar el tesoro del Carambolo, a preparar un gran congreso sobre Tartessos y a excavar en el santuario de Cancho Roano.

* * *

Afirma el filósofo Emilio Lledó que “vivimos en el espacio pero morimos en el tiempo”. Solo los grandes hombres que merecen ser recordados no se someten a este axioma. Nada más evidente que el arqueólogo Joan Maluquer de Motes, a través de su vasta y estimulante obra, ha sobrevivido a su tiempo y continúa entre nosotros. *Aere perennior magistri doctrina.*

Germán Delibes de Castro

Área de Prehistoria, Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Valladolid. Plaza del Campus s/n,
47011 Valladolid.
delibes@fyl.uva.es

Bibliografía

- ABARQUERO MORAS, F. J. (2005). *Cogotas I: la difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- ABARQUERO, J., DELIBES, G., FERNÁNDEZ, C., GONZÁLEZ, M. L. y LÓPEZ, J. A. (2009). Una ojeada a la hipótesis de la hipermovilidad de los “pastores de excisión y Boquique” a la luz de los documentos de “El Pelambre”. En: M. L. GONZÁLEZ (coord.). *El Pelambre, Villaornate (León). El horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el periodo tardoantiguo en el valle medio del Esla*. Tracsa. León: 291-301.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1993). La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el Periodo Protoorientalizante. *Complutum*, 4: 81-94.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. (1999). *Los Vettones*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 1. Real Academia de la Historia. Madrid.
- ALVAREZ VIDAURRE, E. (2011). *Historia de la percepción del megalitismo en Navarra y Guipúzcoa. Aproximación a una biografía de sus monumentos*. Ediciones de la Universidad de Navarra. Pamplona.
- BARANDIARÁN, J. M. (1964). Excavación del dolmen de San Martín (Laguardia). *Boletín de la Institución Sancho El Sabio*, VIII: 41-66.
- BARANDIARÁN, J. M., FERNÁNDEZ MEDRANO, D. y APELLÁNIZ, J. M. (1964). Excavación del dolmen de El Sotillo. *Boletín de la Institución Sancho El Sabio*, VIII: 28-39.
- BELLIDO BLANCO, A. (1996). *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la Submeseta Norte*. Studia Archaeologica n° 85. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- BELLO DIÉGUEZ, J. M., CRIADO, F. y VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1982). Sobre la cultura Megalítica y los caminos antiguos de Galicia. *Boletín del Museo de Pontevedra*, 36: 145-163.
- BENET, N., JIMÉNEZ, M. y RODRÍGUEZ, M. B. (1991). Arqueología en Ledesma. La excavación de la plaza de San Martín. En: M. SANTONJA (coord.). *Del Paleolítico a la Historia*. Museo de Salamanca. Salamanca: 117-137.
- BLASCO, C., SÁNCHEZ-CAPILLA, M. L. y CALLE, J. (1991). Enterramientos del Horizonte Protocogotas en el valle del Manzanares. Estudio arqueológico. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18: 55-81.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1995). Tres arqueólogos españoles del siglo XX: Los profesores A. García y Bellido, A. Blanco y J. Maluquer de Motes. En: *VII Jornadas de Arte. Historiografía del arte español en los siglos XIX y XX*, Madrid 22-25 de noviembre de 1994. Madrid: 187-196.
- BRADLEY, R. (1993). *Altering the earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*. Society of Antiquaries of Scotland. Monographs Series, number 8. Edinburgh.
- BUENO RAMÍREZ, P. (2000). El espacio de la muerte en los grupos neolíticos y calcolíticos de la Extremadura española: las arquitecturas megalíticas. En: *Extremadura Arqueológica. VIII. El megalitismo en Extremadura. Homenaje a Elías Díez Luengo*. Junta de Extremadura. Mérida: 35-80.
- CABRÉ, J. (1930). *Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila). I. El Castro*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 110. Madrid.
- CABRÉ, J. (1932). *Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila). II. La Necrópolis*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 120. Madrid.
- CABRÉ, M. E. y MOLINERO, A. (1950). El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín (Ávila). *Acta Arqueológica Hispánica*, V.

- CARRASCO, J., PACHÓN, J. A., MONTERO, I. y GÁMIZ, J. (2012). Fíbulas de codo "tipo Huelva" en la Península Ibérica: nuevos datos y comentarios historiográficos. *Trabajos de Prehistoria*, 69 (2): 310-331.
- CARO BAROJA, J. (1972). *Los Baroja. Memorias familiares*. Taurus. Madrid.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1993). De la protohistoria navarra: La Edad del Hierro. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, I: 121-176.
- CELIS, J., DELIBES, G., FERNÁNDEZ, J., GRAU, L. y HERRÁN, J. I. (2007). El depósito de Valdevimbre y la sociedad Cogotas I. En: J. CELIS, G. DELIBES, L. GRAU y J. FERNÁNDEZ MANZANO. *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica*. Col. Estudios y Catálogos, nº 17. Junta de Castilla y León. León: 168-175.
- COLDSTREAM, J. N. (1976). Heroe-cults in the Age of Homer. *Journal of Hellenic Studies*, 9: 8-17.
- CORCHÓN RODRÍGUEZ, S. (2009). Servicio de Investigaciones Arqueológicas Salmantinas. En: M. DÍAZ ANDREU, G. MORA y J. CORTADELLA (eds.). *Diccionario Histórico de la Arqueología Española (siglos XV-XX)*. Marcial Pons Ediciones de Historia. Madrid: 624.
- CORTADELLA i MORRAL, J. (2003). Historia de un libro que se sostenía por sí mismo: La Etnología de la Península Ibérica de Pere Bosch Gimpera. En: P. BOSCH GIMPERA. *Etnología de la Península Ibérica*. Urgoiti Ediciones. Pamplona: I-CCXIV.
- CRiado, F. y VAQUERO, J. (1993). Monumentos, nudos en el pañuelo. Megalitos, nudos en el espacio. Análisis del emplazamiento de los monumentos tumulares gallegos. *Espacio, Tiempo y Forma. I. Prehistoria y Arqueología*, 6: 205-248.
- DELIBES, G. (1977). *El Vaso campaniforme en la Meseta Norte Española*. Studia Archeologica 41. Valladolid.
- DELIBES, G. (1978a). Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid). *Trabajos de Prehistoria*, 35: 225-250.
- DELIBES, G. (1978b). Sobre la arandela de hueso de la tumba campaniforme de Villabuena del Puente (Zamora). *Rev. de Guimaraes*, LXXXVIII: 357-364.
- DELIBES, G. (2001). Del Bronce al Hierro en el valle medio del Duero: una valoración del límite Cogotas I-Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto. *Zephyrus*, 53-54: 293-309.
- DELIBES, G. (2010). La investigación de las sepulturas colectivas monumentales del IV milenio A.C. en la Submeseta Norte española. Horizonte 2007. En: J. FERNÁNDEZ ERASO y J. MUJICA (eds.). *Congreso Internacional sobre Megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural (Ordizia, Idiazabal)*. Supl. MUNIBE nº 32. Sociedad de Ciencias Aranzadi. San Sebastián: 16-56.
- DELIBES, G., ALONSO, M. y ROJO, M. (1987). Los sepulcros colectivos del Duero Medio y las Loras y su conexión con el foco dolménico riojano. En: G. DELIBES (ed.). *El megalitismo en la península Ibérica*. Ministerio de Cultura. Madrid: 181-197.
- DELIBES, G., GUERRA, E., ZAPATERO, P. y VILLALOBOS, R. (2012). Les spatules-idoles du type San Martín-El Miradero: identité, symbolisme, liturgie et prestige dans les mobiliers des tombes mégalithiques de la Vieille-Castille (Espagne). En: M. SOHN y J. VAQUER (eds.). *Sépultures collectives et mobiliers funéraires de la fin du Néolithique en Europe occidentale: Actes de la table ronde "La fin du Néolithique en Europe de l'Ouest. Valeurs sociales et identitaires des dotations funéraires (3500/2000 a.n.e.)"*. Archives d'Écologie Préhistorique: 305-331.
- DELIBES, G., GUERRA, E. y JUAN-TRESSERRAS, J. (2009). Testimonios de consumo de cerveza durante la Edad del Cobre en la Tierra de Olmedo (Valladolid). En: I. VALDIVIESO y P. MARTÍNEZ-SOPENA (eds.). *Castilla y el mundo feudal. Homenaje al Profesor Julio Valdeón*, vol. 3. Junta de Castilla y León. Valladolid: 585-599.
- DELIBES, G. y ROJO, M. (1988). En torno al origen del foco megalítico del oriente de la Meseta: de nuevo el sepulcro de Cubillejo de Lara. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIV: 5-23.
- DELIBES, G. y ROJO, M. (2002). Reflexiones sobre el trasfondo cultural del polimorfismo megalítico en La Lora burgalesa. *Archivo Español de Arqueología*, 75 (185-186): 21-35.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y ABARQUERO MORAS, F. J. (2000). Cerámicas excisas de discutible filiación Cogotas I en el Bronce Tardío de la Península Ibérica: una taza de estilo 'Duffaits' procedente de la Cueva del Asno (Los Rábanos, Soria). En: E. BAQUEDANO (coord.). *Soria Arqueológica. A José Luis Argente Oliver*. Diputación de Soria. Soria: 97-130.
- DELIBES, G. y SANTONJA, M. (1986). *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*. Ediciones de la Diputación de Salamanca. Salamanca.
- DELIBES, G. y ZAPATERO, P. (1996). De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento neolítico de La Velilla, en Osorno (Palencia). *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Gavà-Bellaterra, 27-29 de marzo de 1995, Rubricatum*, 1 (2): 721-734.
- DÍAZ-GUARDAMINO URIBE, M. (1997). El grupo megalítico de Villarmayor (Salamanca). Contribución al estudio del megalitismo del occidente de la Meseta Norte. *Complutum*, 8: 39-56.
- DÍAZ ANDREU, M. y RAMÍREZ, M. (2001). La Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (1939-1955). La administración del Patrimonio Arqueológico en España durante la primera etapa de la Dictadura Franquista. *Complutum*, 12: 325-343.

- ESPARZA ARROYO, A. (1991). Sobre el ritual funerario de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI: 106-145.
- ESPARZA ARROYO, A. (2009). Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. En: M. DÍAZ ANDREU, G. MORA y J. CORTADELLA (eds.). *Diccionario Histórico de la Arqueología Española (siglos XV-XX)*. Marcial Pons Ediciones de Historia. Madrid: 609-610.
- ESPARZA, A. y BLANCO, A. (2008). El solar de Vettonia, antes de los vettones. En: *Arqueología Vettona: La meseta occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, nº 12. Museo Arqueológico Regional. Alcalá de Henares: 79-93.
- ESPARZA, A., VELASCO, J. y DELIBES, G. (2012a). Hum 2005-00139: Planteamiento y primeros resultados de un proyecto de investigación sobre la muerte en Cogotas I. En: J. A. RODRÍGUEZ-MARCOS y J. FERNÁNDEZ-MANZANO (eds.). *Cogotas I, una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica. Homenaje a María Dolores Fernández-Posse*. Secretariado de Publicaciones de la Universidad. Valladolid: 259-320.
- ESPARZA, A., VELASCO, J. y DELIBES, G. (2012b). Exposición de cadáveres en el yacimiento de Tordillos (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca). Perspectiva bioarqueológica y posibles implicaciones para el estudio del ritual funerario de Cogotas I. *Zephyrus*, LXIX: 95-128.
- FERNÁNDEZ ERASO, J. (2008). La secuencia del neolítico en la Rioja Alavesa desde su origen hasta las primeras edades del metal. *Veleia*, 24-25: 669-688.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1995). La Edad del Hierro. En: M. MARINÉ (COORD.). *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila: 103-269.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1984). Armas y útiles metálicos del Bronce Final en la Meseta Norte. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, L: 5-25.
- FERNÁNDEZ POSSE, M. D. (1998). *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Arqueología Prehistórica nº 1. Editorial Síntesis. Madrid.
- FITZPATRICK, A. P. (2002). The Amesbury Archer: a well-furnished Early Bronze Age burial in southern England. *Antiquity*, 76: 629-630.
- FLEMING, A (1973). Tombs for the livings. *Man*, VIII: 177-193.
- GARCÍA ZARZA, E. (2003). *Salamanca en los años cincuenta. Una década peculiar*. (Cincuentenario de la fundación del CES: 1951-2001), Publicaciones del Centro de Estudios Salmantinos, 70. Salamanca.
- GARRIDO PENA, R. (2000). *El campaniforme en la Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2500- 2000 AC)*. BAR International Series 892. Oxford.
- GARRIDO, R., ROJO, M., GARCÍA, I. y TEJEDOR, C. (2012). Cuenca del Duero. En: M. ROJO *et al.* (coords.). *El Neolítico de la Península Ibérica y su contexto europeo*. Cátedra. Madrid: 463-506.
- GÓMEZ VILA, J. (2005). Caminos y túmulos. Aproximación al estudio de los ejes de comunicación megalíticos en el Noroeste peninsular. En: P. ARIAS CABAL, R. ONTAÑÓN y C. GARCÍA-MONCÓ (ed.). *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica (Santander, 5 a 8 de octubre de 2003)*. Universidad de Cantabria, Servicio de Publicaciones. Santander: 405-412.
- GONZÁLEZ TABLAS, F. J. (1990). *La necrópolis de "Los Castillejos" de Sanchorreja. Su contexto histórico*. Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos, nº 69. Salamanca.
- GONZÁLEZ TABLAS, F. J. y DOMÍNGUEZ CALVO, A. (2002). *Los Castillejos de Sanchorreja. Campañas de 1981, 1982 y 1985*. Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos, nº 117. Salamanca.
- GRACIA, F. (2009). Maluquer de Motes Nicolau, Joan. En: M. DÍAZ ANDREU, G. MORA y J. CORTADELLA (eds.). *Diccionario Histórico de la Arqueología Española (siglos XV-XX)*. Marcial Pons Ediciones de Historia. Madrid: 410-411.
- GRACIA, F. y FULLOLA, J. M. (2006). *El sueño de una generación. El crucero por el Mediterráneo de 1933*. Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona. Barcelona.
- GRACIA, F., FULLOLA, J. M. y VILANOVA, F. (2002). *58 anys i 7 dies. Correspondència de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot (1919-1974)*. Universitat de Barcelona. Barcelona.
- GUERRA DOCE, E. (2006). Exploring the significance of Beaker pottery through residue analyses. *Oxford Journal of Archaeology*, 25(3): 247-259.
- GUERRA, E., DELIBES, G., RODRÍGUEZ-MARCOS, J. A., CRESPO DÍEZ, M., GÓMEZ, A., HERRÁN, J. I., TRESSERRAS, J. y MATAMALA, J. C. (2011-2012). Residuos de productos lácteos y de grasa de carne en dos recipientes cerámicos de la Edad del Bronce en el valle medio del Duero. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología (Arqueología)*, 77-78: 105-137.
- GUERRA, E., DELIBES, G., ZAPATERO, P. y VILLALOBOS, R. (2009). Estrategias de diferenciación social en los sepulcros megalíticos de la Submeseta Norte española. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología (Arqueología)*, LXXV: 41-65.
- GUILAINE, J. (1967). *La Civilisation du Vase Campaniforme dans les Pyrénées Françaises*. Carcassonne.
- HARRISON, R. J. (1977). *The Bell Beaker cultures of Spain and Portugal, American School of Prehistoric Research, nº 35*. Peabody Museum-Harvard University. Cambridge-Massachusetts.

- HOLTORF, C. (1996). Towards a chronology of megaliths: understanding monumental time and cultural memory. *Journal of European Archaeology*, 4: 119-152.
- HOSKIN, M. (2001). *Tombs, temples and their orientations. A new perspective on Mediterranean Prehistory*. Oxbow Books. Oxford.
- LEGGE, A. J. (1994). Animal remains and their interpretation. En: R. HARRISON, G. MORENO y A. J. LEGGE (1994). *Moncín: Un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*. Diputación General de Aragón. Colección Arqueología, 16. Zaragoza: 453-582.
- LÓPEZ, O. y MARTÍNEZ, V. (2006). El proyecto Zona Arqueológica Cerro del Berrueco. *ArqueoWeb*, 8 (1).
- LÓPEZ PLAZA, M. S., ALONSO ROMERO, F. y CORNIDE CASTRO, M. (1992). Aplicación de la Astronomía en el estudio de la orientación de sepulcros megalíticos de corredor en la zona nordoccidental de la Península Ibérica. *Zephyrus*, XLIV-XLV: 183-192.
- LÓPEZ PLAZA, M. S., MATEOS, S. y FRANCISCO J. L. (2000). Megalitismo y vías naturales de comunicación en el SO salmantino. En: *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular. Vol. 3 (Neolitização e megalitismo da Península Ibérica)*, Vila Real, setembro de 1999. Vila Real: 271-288.
- LÓPEZ PLAZA, M. S., SENNA MARTÍNEZ, J. y HOSKIN, M. (1997). Revisión de las orientaciones de los sepulcros megalíticos de Salamanca. En: C. JASCHEK y F. ATRIO BARANDELA (eds.). *Actas del IV Congreso de la SEAC "Astronomía en la cultura"*. Universidad de Salamanca. Salamanca: 209-215.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A., LÓPEZ, L. y PÉREZ, S. (2009). Estudio arqueopalinológico de cuatro hoyos de la Edad del Bronce de "El Pelambre". En: M. L. GONZÁLEZ (coord.). *El Pelambre, Villaornate (León). El horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el periodo tardoantiguo en el valle medio del Esla*. Tracsa. León: 259-265.
- MALUQUER DE MOTES I BERNET, C. (1988). Nota a esta edición. En: J. MALUQUER DE MOTES. *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*. Ediciones de la Universidad de Salamanca (reimpresión). Salamanca: 6-7.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1950). Estado actual de nuestro conocimiento de la Prehistoria salmantina (hasta la Edad del Hierro). *Zephyrus*, I: 7-21.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1951a). De la Salamanca primitiva. *Zephyrus*, II: 61-72.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1951b). Recensión de M. Almagro, *Ampurias. Historia de la ciudad*. *Zephyrus*, II: 195-196.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1954). *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico - 1*. Diputación Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana. Pamplona.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1956). *Carta Arqueológica de España. Salamanca*. Diputación de Salamanca. Salamanca.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1956b). La técnica de incrustación del Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro. *Zephyrus*, VII: 179-206.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1957a). Un interesante lote de bronce hallado en el castro de Sanchorreja (Ávila). *Zephyrus*, VIII: 241-256.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1957b). Prospecciones arqueológicas en término de Navascués. En: *Excavaciones en Navarra*, V. Diputación Foral de Navarra. Pamplona: 103-120.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958a). *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*. Serie Acta Salmanticensis, XIV, 1. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958b). *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja*. Diputación de Ávila-Universidad de Salamanca. Ávila-Salamanca.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958c). El Museo del Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. *Zephyrus*, IX: 121-125.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1960a). Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta. En: *Actas del I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica (Pamplona, septiembre de 1959)*. Instituto Arqueológico de Barcelona. Barcelona: 125-161.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1960b). Nuevos hallazgos de la cultura del Vaso Campaniforme en la Meseta. *Zephyrus*, XI: 119-134.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1964). *Notas sobre la cultura megalítica navarra*. Publicaciones eventuales del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, nº 7. Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1974). En torno a la cultura megalítica en la Rioja Alavesa. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 6: 83-90.
- MARTÍN VALLS, R. (1986-1987). La segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización. *Zephyrus*, 39-40: 59-86.
- MARTÍN VALLS, R. (1998). La Edad del Hierro. En: M. SALINAS (coord.). *Historia de Salamanca. I. Prehistoria y Edad Antigua*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca: 123-217.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1946). *Esquema paleontológico de la Península Hispánica*. Seminario de Historia Primitiva del Hombre. Madrid.
- MEDEROS, A. (2003). Julio Martínez Santa-Olalla y la interpretación aria de la Prehistoria de España

- (1939-1949). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 69-70: 13-55.
- MORÁN BARDÓN, C. (1931). *Excavaciones en los dólmenes de Salamanca*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, nº 113. Madrid.
- MORÁN BARDÓN, C. (1935). *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y de Zamora*. Memorias de la Junta Superior del Tesoro Artístico, nº 135. Madrid.
- MUJICA ALUSTIZA, J. A. (1998). Ídolos-espátulas del País Vasco: fabricación, cronología y paralelos. *Veleia*, 15: 121-144.
- OSABA, B., ABÁSULO, J. A., URÍBARRI, J. L. y LIZ, C. (1971a). El dolmen de Porquera de Butrón en la provincia de Burgos. *Noticiario Arqueológico Hispano*, XV: 77-108.
- OSABA, B., ABÁSULO, J. A., URÍBARRI, J. L. y LIZ, C. (1971b). El dolmen de Cubillejo de Lara de los Infantes (Burgos). *Noticiario Arqueológico Hispano*, XV: 109-123.
- PARKER PEARSON, M., CHAMBERLAIN, A., CHENERY, C., CURTIS, N., EVANS, J., FITZPATRICK, A., JAY, M., MAHONEY, P., MONTGOMERY, J., NEEDHAM, S. P., SHERIDAN, J. A. & RICHARDS, M. (2006). The Beaker People Project: mobility and diet in the British Early Bronze Age. *The Archaeologist*, 61: 14-15.
- PÉREZ VILLANUEVA, J., TOVAR LLORENTE, A. y SUPIOT, J. (1933). Avance de estudio sobre la necrópolis visigoda de Piña de Esgueva. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, III-IV: 253-269.
- RAMOS RUIZ, I. (2009). *Profesores, alumnos y saberes en la Universidad de Salamanca en el rectorado de D. Antonio Tovar (1951-1956)*. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- RENFREW, C. (1976). Megaliths, territories and populations. En: S. DE LAET (ed.). *Acculturation and continuity in Atlantic Europe. Dissertationes Archaeologicae Gandenses*, XVI: 298-320.
- RIAÑO, J. F., RADA, J. D y GARCÍA, J. C. (1894). Hallazgo prehistórico en Ciempozuelos. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 25: 436-450.
- ROJO GUERRA, M., KUNST, M., GARRIDO PENA, R., GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. y MORÁN DAUCHEZ, G. (2005a). *Un desafío a la eternidad: Tumbas monumentales del Valle de Ambrona*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, nº 14. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- ROJO GUERRA, M., GARRIDO PENA, R. y GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. (2005b). El Campaniforme en la Meseta central de la Península Ibérica". En: M. ROJO, R. GUERRA e I. GARCÍA (coords.). *El Campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Universidad de Valladolid. Valladolid: 411-435.
- SANGMEISTER, E. (1963). Exposé sur la civilisation du Vase Campaniforme. En: *Les Civilisations Atlantiques du Néolithique a l'Age du Fer (Brest, 1961)*. Travaux du Laboratoire d'Anthropologie Préhistorique de la Faculté des Sciences de Rennes. Rennes: 25-55.
- SANTONJA, M. (1987). Anotaciones en torno al megalitismo del occidente de la Meseta (Salamanca y Zamora). En: G. DELIBES (ed.). *El megalitismo en la Península Ibérica*. Ministerio de Cultura. Madrid: 199-210.
- SAVORY, H. N. (1975). The role of upper Duero and Ebro basins in megalithic diffusion. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XL-XLI: 159-174.
- SCHÜLE, W. (1969). Tartessos y el Hinterland. En: *Actas del V Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica (Jerez de la Frontera, 1968)*. Universidad de Barcelona. Barcelona: 15-32.
- SENA, E. (1997). Guerra, censura y urbanismo: recuerdos de un periodista. En: R. ROBLEDO HERNÁNDEZ (coord.). *Historia de Salamanca, V*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca: 325-394.
- SERRANO, A. (1955). Servicio de Investigaciones Arqueológicas Salmantinas. *Zephyrus*, VI: 198-199.
- SERRANO, A. (1957). Observaciones sobre la distribución geográfica de la escultura zoomorfa prerromana. *Zephyrus*, VIII: 103-110.
- SHERIDAN, A. (2008). Towards a fuller, more nuanced narrative of Chalcolithic and Early Bronze Age Britain 2500-1500 BC. *Bronze Age Review. The International Journal of Research into the Archaeology of the British and European Bronze Age*, 1: 57-78.
- THOMAS, J. S. (2005). Ceremonies of the horsemen? From megalithic tombs to Beaker burials in prehistoric Europe. En: M. ROJO, R. GUERRA e I. GARCÍA (coords.). *El Campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Universidad de Valladolid. Valladolid: 411-435.
- VILAÇA, R. (2006). Artefactos de ferro en contextos del Bronce Final do territorio português: novos contributos e reavaliação dos dados. *Complutum*, 17: 81-101.
- WELS-WEYRAUCH, U. (1989). Mittelbronzezeitliche Frauentrachten in Süddeutschland (Beziehungen Zur Haguenaer Gruppierung). En: C. MORDANT (ed.). *Le Bronze Moyen en Europe, Actes du 113 Congrès National des Sociétés des Savantes, Strassbourg, 1968*. CNRS. Paris: 117-134.